

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.— Nú-
mero suelto, 10 céntimos.— Atrasado, 25.— Co-
rresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

Justicia debida

Felicito al señor Azcárate por haber repetido en el Congreso el grito guerra-
ro de Gambetta: «¡El clericalismo! He
ahí el enemigo!» y por haber tronado
contra la existencia y el predominio de
las órdenes religiosas en España.

Siga por ese camino, secundándole los
demás diputados, y esta pluma mía que
tantas veces se movió para combatirlos,
se moverá sólo para alabarlos.

UNA TORPEZA

¡Cuanto me hubiese alegrado de que
las principales figuras del republica-
nismo español hubieran tenido con los
americanos que han venido al Congreso
últimamente celebrado en Madrid, las
atenciones que merecían, como herma-
manos en raza, en idioma, en intelligen-
cia y en republicanismo! Desgraciada-
mente, ni los deberes de la más rudimen-
taria cortesía han tenido con ellos.

Se me ocurrió invitarlos para que así
lo hicieran, mas no me atreví, porque no
creyera que trataba de ofenderlos su-
poniendo que necesitaban que nadie les
indicara la realización de un acto tan
indicado por la buena educación, la fra-
ternidad y hasta el interés político.

Hoy me pesa no haberlo hecho, tanto
como me duele el pensar que al regresar
los americanos a su patria, no pueden
decirle a sus compatriotas:

«En España hay un partido republica-
no que ansía la vuelta al poder, no sólo
para arreglar las cuestiones de régimen
interior, sino para establecer con las re-
públicas latinas de América lazos tales
de fraternidad y de intereses, que hagan
imposible en el futuro luchas y antago-
nismos entre nosotros.»

Ha sido una gran torpeza la cometi-
da por nuestros hombres importantes,
como hombres, como políticos, como re-
publicanos, y hasta como revolucionar-
ios.

JOSE NAKENS

CELESTINAS POLÍTICAS

Sonaron las dos clásicas palmadas de la
vieja Celestina fusionista, y los vejatosos sa-
gastinos se amontonaron en un salón del Se-
nado para oír a su jefe. Allí fueron pintados
de colorate, contoneándose a modo de can-
sadas jamonas, hediendo a perfumes baratos
y luciendo en los carrillos pintados lunares...
Iban a abrazar sin ilusión y sin cariño los
principios políticos con que les estruja el
omnipotente Sagasta. Ganan su vida con
ellos sin importarle su procedencia y su fin,
sin mirar de dónde vienen ni a dónde van.
El colegio de la gran Celestina política obe-
dece las órdenes de su jefe, vendiendo a la
vil prosa de la existencia la salud del cuerpo
y del alma... Tumbados muellemente en los
sofás de terciopelo rojo, desperezándose
como gatas lujuriosas, vimos a las prostitu-
tas de nuestra política esperar impacientes
las palabras de su Celestina.

Si a este cuadro subido de color se hubiese
reducido la reunión de los fusionistas en el
Senado, nos contentaríamos con denunciarlo
a la observación del escritor naturalista ó a
la más severa de los jefes de la higiene...
Pero lo escandaloso, lo inaudito, lo inconce-
bible del caso, es que esas *filas* fusionistas
tuvieron la imprudente insolencia de hablar-
nos de regeneración y de virtud.

¡Virtud! ¡Regeneración! Permisit que me
quede turulado y anémico, que pida tula y
viático y hasta que ruegue al señor Alvarez
Sereix que le exija su matrícula a la *tía* Prá-
xedes... Sagasta...

La cosa no es para menos.
Produce el mismo asombro que experi-
mentaría si al pasar por las oscuras callejas
donde se esconde el vicio, oyérais sermones
místicos y palabras de santidad; si en lugar
de las esencias soldadescas, dulzarronas ó
agrias con que se adereza el pecado, se os
metiera por las narices perfume de incienso;
si allí, donde las enfermedades vergonzantes
tienen su asiento, se os hablara de salud y de
virtudes...

Desococo se necesita, con efecto, para to-
lerar las regeneraciones de Sagasta. Al lado
de ellas la regeneración del cabello resulta
una invención prodigiosa, y la receta para
que las ranas críen pelos nos parecen de in-
negable veracidad. Y los timadores que dan
perdigones y pedaxos de ladrillo ó cambio
de dinero y billetes, se nos aparecen como
caballeros de la *Tabla redonda*.

Sólo en un país como éste, donde se olvi-
da todo, donde la imbecilidad y la cobardía
son las únicas energías pasivas que nos van
quequendo, donde todo crimen político y
toda estafa ministerial obtienen tabacos y
palmas, se puede comprender que Celestinas
tan hediondas como el señor Sagasta salgan
de nuevo a escena.

Allí donde hubiera virilidad, buen gusto
y fino olfato, ese hombre no existiría y po-
dría aplicársele la terrible sentencia del sáti-
rico Juvenal: «Cubrid con arena muy delga-
da y fina las tumbas de las cortesanas: de
este modo los chacales podrán revolver más
fácilmente los huesos...»

Pero aquí donde imperan á sus anchas la
decadencia senil y la putrefacción nacional,
parece que todo signo de impotencia y vejez
nos inloquece y admira. Y con la lengua fue-
ra, jadeantes y sudorosas, presa de ardoras
suicidas, seguimos á las abuelas jubiladas, ó,
lo que es lo mismo, toleramos discursos de
Sagasta.

¡Y qué discurso el pronunciado por el se-
ñor Sagasta en la reunión de las minorías!
Nada cabe más desvergonzado, más asquero-
so, más hueco, más canallesco... O ese señor
se ha olvidado de su historia, ó tiene la idea
quizá cierta de que los españoles somos una
piara de imbeciles.

Nos habla de regeneración y de juventud
cuando se le cae el moño, se le caen los
dientes, se le caen las pestañas, se le vacían
los ojos y se le resquebraja la piel. Montado
en una escoba y volando por los tejados
quizá no hiciera mal papel el señor Sagasta.

Desde hace más de treinta años, el jefe de
la minoría liberal nos viene dando el timo.
En su acordeón político no cuenta más que
dos registros: la Marcha Real y el Himno de
Riego. Ignorante, perezoso, vacío, piojoso
musulmán y sedentario camello de la políti-
ca, se ha pasado la vida ese señor calándose
el gorro frigio ó ciñéndose la corona. Cuan-
do el garbanzo se alejaba, himno de Riego á
todo pasto: cuando el poder caía en sus ma-
nos, Marcha Real á chorros. Ha sido repu-
blicano y monárquico, monárquico y re-
publicano, liberal y medio carlista, conservador
y radical, ateo y reaccionario, tiranuelo y bu-
llanguero, matón y cobarde, sublevado de
entre bastidores y verdugo de sublevaciones,
enemigo y adulador de Cánovas en el espa-
cio de pocas horas, amordazador de la pre-
sa y gacetillero de ella, músico del *chín chin*
progresista y soplador del piporro clerical.

Ha sido algo peor que todo esto: perdió
nuestras colonias... Su vejez debiera ser tris-
te. Filas de esqueletos de repatriados, ruinas
de ciudades y *bahías*, buques hundidos en el
mar, la sangre de un ejército, el honor de
un país que agoniza debiera imponerle el si-
lencio augusto de los condenados á muerte.

Por su pereza, por su impericia, por su
abandono, por su ignorancia y por su crimi-
nal descuido, vino la muerte á España...

¡Y este es el hombre que pretende regene-
rarnos! En veintitantos años de paz ha teni-
do sobrado tiempo el señor Sagasta para po-
nerlos al nivel de las naciones civilizadas. Ha
ocupado el poder varias veces con absoluto
imperio. Y ¿qué ha hecho? Frases de tertu-
lia, discursos ridículos, venta de destinos,
protecciones de la *Corte Celestial* con su
Pepe el Huevero, procesos de periódicos,
promesas de libertad que no cumpliera des-
pués... mentiras y más mentiras.

¡Triste discurso el del señor Sagasta! Da
pena, da asco, da vergüenza...

En sus renglones se huele el hambre, pa-
rece escucharse el lastimero ruido de los
leones sin carne, paseándose nerviosamente
por las jaulas de las casas de fieras pobres,
en espera de la pitanza...

Viene el invierno y los fusionistas ne-
cesitan desempeñar las capas ó hacerse *brigos*
nuevos; ansían comer, se revuelcan desfal-
lecidos ó irritados oliendo á lo lejos la carne
del poder.

A esto se reduce la política de regenera-
ción del señor Sagasta. Al cabo de tres años
de ruina y muerte, cuando todos los países
fuertes se preocupan en devorar el nuestro,
cuando los problemas sociales se imponen,
el señor Sagasta vuelve á tocar el himno de
Riego para domesticar á sus fieras...

¡Qué triste y repugnante política! ¡Qué
pena ver á esa Celestina fusionista aplaudir
su propia deshonra!

RODRIGO SORIANO

Don Carlos... y último

De traidores tilda don Carlos á los que, invoca-
do su nombre, empuñaron en la presente ocasión
las armas.

¡Triste condición la del vencedor! Triunfantes
los que se lanzaron al combate, hubiérase apren-
sado el Pretendiente á dejar la regalada vida de
Loredán para ceñir á su frente el laurel de la victoria.
Vencidos, los maltrata y vilipendia. La rea-
lidad toda está hecha de igual pasta. Razón sobra-
da tuvo quien dijo en la Convención francesa,
que «la historia de los reyes es el martirio de los
pueblos.» Mentira parece que todavía haya
entre nosotros quien se preste á sacrificar su vida
por tan mezquinos fines!

Ese don Carlos que ahora excomulga á sus des-
graciados defensores, para conservar inclum-
es sus falsos derechos, es el mismo que escribía con
fecha dos de Abril de 1898:

«Si sigue prevaleciendo la política de las hu-
millaciones, arrancaremos las riendas del poder á
los que no son dignos de empuñarlas y ocupare-
mos su puesto.»

«Cuando en una batalla comprometida hay re-
gimientos desmoralizados ó cobardes, colóquense

á retaguardia cañones cargados de metralla que
los obliguen á batirse...»

«Que sepan (los soldados españoles) que si re-
troceden, me hallarán á mí, guardián del honor
español, dispuesto á arrancárselos por la fuerza su
enseña gloriosa y á derrocar las instituciones
usurpadoras que nos llevan á la ignominia.»

«¿Qué se hizo tanto brío? Bien se conoce que es
más fácil echarla de bravo al arullo de las man-
sas olas del Adriático en la encantadora ciudad
de los Dux, que andar á tiros por las escarpadas
montañas catalanas.»

Don Carlos condena todo levantamiento «mien-
tras no lleve como consecuencia inmediata el
triunfo.» Ante las alietivas circunstancias por-
que atraviesa España...

«¿Cómo no puso en práctica tales procedimientos
hace treinta años? Acabábase entonces de derro-
car un trono secular y disponíase la nación a con-
stituirse sobre nuevas bases. Don Carlos no re-
paró en los difíciles trances porque la patria atrave-
saba, vió sólo que se le escapaba la presa de las
manos y se apresuró á atizar el fuego de la dis-
cordia, lanzando al campo á sus adeptos para que
ensangrentaran durante un lustro á la nación que
dice merecerle «verdadero culto.»

«Si su furor enemigo, tal vez pudiera ofrecerle
hoy á España de la Revolución, próspera y feliz
por la Libertad y la Justicia, lo que ofrecían las
Cortes españolas al honrado don Amadeo de Sa-
boya al admitirle su renuncia á la soberanía es-
pañola: «la dignidad de ciudadano en el seno de
un pueblo independiente y libre.»

En boca del heredero del conde de Montemollu,
el que intentó el alzamiento de San Carlos de la
Rápita cuando las tropas españolas defendían el
pabellón nacional en extranjeras tierras, son un
sarcasmo semejantes palabras.

Y aún dice don Tirso Olazabal que «España
tiene el deber de ensayar al partido carlista!»
¡Ensayar! ¡No basta como ensayo los horrores sin
cuento de dos largas y sangrientas guerras civil-
es! ¡Acaso está la nación para resistir nuevos
ensayos! A constituirnos definitivamente es á lo
que hay que proceder sin demora, prescindiendo
de arqueológicos derechos y de toda clase de re-
gios estorbos. No hay derechos anteriores y supe-
riores á los derechos del pueblo. Es gran necedad
sacrificar la vida para darnos un nuevo amo.

La atadura de inmoralidad que nos envuelve
es más densa cada día. Todo es aquí indigna farsa
y refulgente mentira. Mentira las libertades
públicas, siempre á merced de las oligarquías
gubernamentales; mentira los derechos políticos,
escarmentados hasta por los raciques de menor
cuanía; mentira la justicia, bastardeada por los
políticos en cuantas ocasiones les tiene cuenta;
mentira la administración, convertida en inmenso
embrollo que todo lo corrompe y malea; mentira
la enseñanza, mentira la religiosidad, mentira la
organización militar marítima y terrestre, vivim-
os todo, porque en este desdichado país vivimos
de ficciones, engaños y falsías.

Pero no, decimos mal; aquí hay por desgracia
verdadero en este concierto tristísimo de desdicha-
dos enredos. Es verdad que pesa sobre el contri-
buente español un presupuesto de cerca de mil
millones de pesetas; verdad y verdad tristísima
que la deuda pública asciende á diez mil millones
y consume anualmente más de cuatrocientos mil-
lones de intereses; verdad que el agua que de-
bía fertilizar nuestros campos los arrasa periódica-
mente; verdad que las grandes empresas indus-
triales del país están en manos de extranjeras
gentes; verdad que tenemos la independencia en
litigio y se hacen cabales sobre nuestra futura
suerte; verdad que somos el ludibrio del mundo
civilizado que no se explica nuestra mansedumbre
y amilanamiento.

¿En qué piensa el pueblo? ¿Espera acaso un
nuevo Mesías? El ejemplo de Washington no tie-
ne en la historia semejante. César en la antigüe-
dad, como Napoleón en los modernos tiempos, pe-
learon para satisfacer su desmedida ambición, no
por la felicidad de sus respectivos pueblos.

Hora es ya de que seamos hombres.
No los derechos de don Carlos sino los nuestros
son los que debemos prepararnos á defender con
denuevo.

A LLORCA y GARCIA

Cátedras y catedráticos

Don Antonio Sánchez Moguel

(DEL DOCTORADO DE LETRAS E HISTORIA)

No hay nadie como Moguel...
¿Qué tramando y qué fingido?
Le raro no haya estado.

Tres cosas hay en don Antonio que nadie
ha podido entender todavía. La primera, lo
que dice la mayor parte de las veces: la se-
gunda, si se propuso ó no al divulgar por
ahí lo de sus reformas de la enseñanza—
que buena la hemos hecho—conseguir otra
estatua como la de Moyano ó mejor todavía;
y la tercera, si en efecto es amigo del señor
Salmerón (á cuyos faldores se agarraba en
otros tiempos), ó del P. Fita (con quien
parte pifiones académicos y felicitaciones á
los ministros de la Corona), ó de ninguno de
los dos. Todo esto está aún por estudiar
como el idioma castellano; y asimismo está
por estudiar si su criterio, en punto á ne-
gocios históricos, es de verdad independiente
y moderno, ó que lo dice él así cuando no
cena con Mella y Cerralbo. Y es que no
cabe duda que hay caracteres enigmáticos
y complejos, y hasta que hay catedráticos
complejos, y por lo visto don Antonio Sán-
chez Moguel lo es.

Haremos psicología, que de las cosas que
hoy se acostumbran á hacer es de las más in-
ofensivas, y en este terreno digamos que su
complejidad no nace, como la de los héroes
dramáticos, de las contradicciones de su es-
píritu, ni de luchas consigo mismo ni con na-
die. Moguel no lucha, hoy por hoy, sino con
lashediohuellas y los críticos viejos. Su com-
plejidad recuerda la *complejidad* del gazpa-
cho, plato clásico en el que entre monda-
duras de vegetales múltiples siempre tro-

pezamos con los mismos migotes y con la
misma agua ensuciada con aceite... Esto es
el señor Moguel. Casi—orador de palabra
relativamente fácil; académico de cultura
su *général*, un tantico averiada; reformador
de iniciativas cojas; pensador con númen
ajeno en todo lo que no sea historia, y con
númen propio, si que también parcial, en
esta; retórico de imaginación de vuelo de
murciélago que destroza sus alas contra las
esquinas de la verdad cada vez que quiere
pasar sus umbrales; total: el gazpacho inte-
lectual más perfecto, ó sea, siempre y á tra-
vés de sus múltiples inclinaciones, el mi-
gote y el agua ensuciada con aceite. El
acite en Moguel es su vanidad colosal, que
le presta cierto lustrecillo académico y su
orgullo genuinamente catedrático. ¡Oh
qué palabra!

Moguel, que tiene la *monomanía latina*
con tremendos delirios y exaltaciones fre-
cuentísimas, no logra, sin embargo, dejar
de ser—como sus paisanos los andaluces—
un poquito árabe en lo intolerante y en lo
fanático de sus apreciaciones. Cualquiera
que oye hablar por vez primera á Sánchez
Moguel, (sobre todo cuando se reviste de su
tono doctoral y apocalíptico, de su voz po-
tente, de su ademán avasallante y de su
rostro fidalguesco al que acompaña una
desarrollada y algo panzada humanidad),
 Cree que se la ha con el enviado de un
nuevo Mahoma de la Historia y de las mu-
sas, que no va á dejar tífere con cabeza y
que va á marcar una nueva era en la cul-
tura hispana. Pero ¡oh misterios de lo com-
plejo! esto se cree la primera vez que se le
habla, pero sólo la primera vez. Porque
luego se piensa lo contrario. Nada más in-
ofensivo ni de mayor placidez y mansura
que don Antonio. Lo que hay, es que le
viene á suceder algo de lo que les pasa á
los malos músicos: que, cansados de no
producir efecto con sus melopeas desahina-
das y onrsilonas, se lanzan á pescar diso-
nancias vaguerías y séptimas dismuniadas
ó aumentadas y... gritas del respetable pú-
blico. Las melopeas de Moguel son sus in-
vestigaciones eruditísimas y adormecientes;
sus disonancias son «el criterio moderno»,
la *filología*, y tantos otros vocablos con los
que mete todo el ruido que puede para que
por lo menos quede algo, aunque no sea
más que el ruido.

Suponte, lector caro, un señor que allá
en su juventud—muchísimo antes del 48—
aprendiera latín con algún dómíne de aque-
llos sucios y ramplones (Nebrija, discipli-
nas, etc.), y que después, andando el tiem-
po, por uno de esos caprichos de la suerte
—al fin mujer—cuando no recordase ni aun
en qué había se distinguiera Tácito, viniese
á ocupar una cátedra en la nueva Sorbona
española, y esa cátedra fuese, por ejemplo,
de *lenguas y literaturas neo-latinas*, ó cosa
así... Suponte lo que diría este señor, y es-
tate suponiéndolo todo el tiempo que quie-
ras, y no llegarás más allá de lo que llega
él en eso de literaturas y de lenguas, de las
que dudamos conozca el notable académico
otras que las estofadas ó en escarlata.

De aquí nace que, como él, su clase sea
también compleja. De lo primero que se
oye hablar allí es de «criterio científico» y
de «la crítica de hoy» y de «eso se decía
el siglo pasado», ó refiriéndose á los alu-
mos: «¿iga usted lo que usted piense, no lo
que le hayan dicho»; ó «yo quiero datos,
nada de rutinarios; hechos, no suposicio-
nes», etc. etc.

Y claro está que el que esto oye por vez
primera se echa a reír y se dice á sí mis-
mo: «he aquí lo que buscábamos; un
maestro, cosa hoy más difícil de hallar que
un hombre (y cuidado si esto último es di-
fícil); un encaminador de espíritu, un direc-
tor de mis investigaciones, un... ¡Pero adá
(origen latino). Lo primero que es neces-
ario hacer al entrar en clase de Moguel, es
colgar de la percha las opiniones particu-
lares, si se han de evitar sinsabores fu-
tueros; además conviene dejar en poder de
cualquier bedel ó á la puerta hasta que
se saiga, el criterio propio, á fin de que no
fallezca de un susto; y, por último, y esto
es muy importante, no poner en duda ni
un ápice de lo que diga el académico-cate-
drático. Porque ¡ah señores! al donto Mo-
guel le sucede como á las cebollas (y con
perdón sea dicho), ó sea que tiene muchas
capas; desde la parda que habitual y exte-
riormente usa, hasta las otras de dentro...
á pesar de todas las cuales no logra arro-
par su aguda *magisteritis*, que, como la pri-
mitiva pintura de los trastos viejos, apare-
ce en seguida que se raspa un poco.

¡No opinéis! discípulos de Moguel ¡no
opinéis! ni aunque él os lo diga; os engaña
en esto, y ¡ojala fuera en esto solo! Y ade-
más de no opinar, no conocéis nada bien
y en toda su extensión. Nada mejor para
ciertos talentos que el *fragmentarismo* ó me-
jor el *retacismo*; lo nimio, he aquí el se-
creto: *nimius*... Sabel cómo eran las babuchas
del Cid, ó con qué pie desembarcó Colón en
América y á qué hora, y asombraréis á Mo-
guel y os respetaréis. Decidle noble y honra-
damente que lo ignoráis y hasta atrevos y
añadirle que os tiene sin cuidado, y sobre
vosotros lloverán desamparantes tormen-
tas académicas que reducirán á polvo de-
leznable el aprecio ó la confianza que tu-
vérais en vosotros mismos. De aquí que
ningún alumno suyo haya sido nada hasta
emanciparse de él y de su clase. ¡Triste caso
el de Moguel, que obliga á los discípulos
que han de llegar á ser algo, á semejarle á

las víboras que nacen matando á su madre

El señor Moguel, que ha estudiado en
Alemania y en Rusia y en todo el mundo,
según él dice, y que sabe cómo son las au-
las en París, y el tratamiento de los maes-
tros en Bruselas, y el gorro de los doctores
añosos, no ha tenido sin duda tiempo de
fijarse en la manera de tratar á los discipu-
los en esos países, en donde seguramente
los maestros usarán de esa dulce superio-
ridad que atrae y no del sarcasmo olímpico
y fugitante de quien aparenta vivir en las
regiones inaccesibles de la alta é inalcan-
zable sabiduría, dejando caer de vez en
cuando á los pobres alumnos alguna que
otra migaja de su festín científico.

Sas exabruptos públicos y privados, ó
sea en clase y fuera de ella, hacen caer de
espaldas al más pintado. Algunos de ellos
son célebres, sobre todo entre los catedrá-
ticos de Salamanca. Todo lo cual no quita
para que él se crea el hombre oportuno por
autonomasia, el insustituible en hilvanes
y zureidos académicos y en otra clase de
zureidos.

Conocedor de todas las cosas y otras mu-
chas más, como dijo el clásico, se pasma de
la incultura que nos domina, y se pasa la
vida y las horas de clase como el enano de
la venta, prometiendo la aparición (para y
óyeme ¡oh sol!) de obras y explicaciones
que nunca llegan, y más vale así, porque
desde que supe dos ó tres descubrimientos
aynos tales como que Felipe II fué una be-
lísima persona calumniada vilmente, buen
padre, buen esposo, franco, sencillo, tierno
y compasivo que Portugal no existe, esto
es, que viene á ser una *mera* parte de Es-
paña; que el catalán, el gallego, el castella-
no, el manchego, el cordobés y el bable son
idiomas, ó no sé qué cosas y que el andaluz
no lo es; que á San Vicente Ferrer se debe
la unión entre Castilla y Aragón y á San
Francisco de Borja la empresa generosa y
fecunda de la fraternidad religiosa de España
y Portugal, sin juramento me podrás creer
que, á fuer de buen español y amante de
mi patria, tendría un verdadero disgusto
si se avivase la actividad descubridora y
restaurante del profesor amable. Si las co-
sas que ignoramos de nuestra historia son
como esas, ¡que tape! ¡que tape! el maestro,
que peor es meneallo. ¡Pues ni contentos
que se pondrían los millares de curas y
frúiles que echaron de Filipinas, y los que
van á echar dentro de poco de Francia, si
se enteran que antes unificaban y realiza-
ban empresas fecundas, hoy que parece que
se cierra el tiempo en agua, y sus empre-
sas no pasan de la categoría de tentativas
fracasadas!

Aparte de que bastante hemos adelanta-
do con que España y Portugal estén unidos
religiosamente, si en lo que no es religioso
andan con los trastos á la cabeza, gracias á
la benevolencia y á la carifiosidad de nues-
tros pasados monarcas que nos crearon una
tama pasmosa de tolerancia evangélica.

DOTT. ATIZANDRO YESKA

El carlismo en el porvenir

«Para nadie era un secreto, y nosotros lo de-
nunciamos desde estas columnas hace un año pro-
ximamente, que han tenido y TIENEN organizados
gran número de sus partidarios por batallones,
que entre ellos pasan revistas de comisario análo-
gas á las del Ejército y cubren las bajas que en
esos cuerpos anónimos se presentan por diferen-
tes causas.

Para nadie es un secreto tampoco, que se ha
asegurado y se asegura que existen dentro de la
península diversos é importantes depósitos de ar-
mas no descubiertos aún, y alguno de los cuales
tiene material de artillería, hábilmente introdu-
cido á través de la frontera francesa.

Con estos antecedentes, y después de las ter-
minantes pruebas que recientemente han caído en
poder del gobierno, algunas de ellas ignoradas,
sin duda alguna, por la opinión pública, ¿cabe el
que se acepte en estos momentos una amplia in-
terpretación en el Congreso sobre el carlismo?

Es que se quiere que una vez más sirva el sa-
grado templo de nuestras leyes y sus escaños de
mágico crisol para fundir en él propagandas pe-
rniciosas para la dignidad, el bienestar y la salud
de la Patria?

Es que se va á permitir que un diputado car-
lista desde su sitio en el Congreso diga indirecta-
mente á sus partidarios en España lo que le haya
ordenado el desterrado de Venecia, como hace
poco algún diputado catalán dijo á sus compro-
vincianos lo que juró de su agrado y convenien-
cia, amparándose en la inmunidad de su cargo y
en la benevolencia inexplicable de un gobierno
que no siempre supo ser fuerte?

Piense el gobierno en que su obra no ha ter-
minado, no puede terminar, ni casi ha empezado
siquiera, al sofocar la última intencion en Cata-
luña.

El carlismo subsiste y subsiste con una orga-
nización que denomina el *vulgo militar*: es, pues,
un peligro para la libertad, para las instituciones
y para la Patria, y ese peligro es necesario que
desaparezca.

Y téngase presente que esta obra no es sólo de
los gobiernos: lo es también de la España liberal
que ha de conyugar á ella con todos sus alientos,
con todas sus fuerzas, con todas sus energías.

LA CORRESPONDENCIA MILITAR

Impotencia de la caridad

Por útil que sea, la caridad no pasará
nunca de ser un paliativo poco eficaz
ante la inmensidad de las necesidades y

de la miseria. Inevitablemente sometida a las pasiones humanas, la caridad no tan sólo depende de las condiciones económicas, sino de las condiciones sentimentales del hombre. Efecto de una piedad intermitente, ó del capricho de un momento, la caridad no logra nunca por completo su objeto, é impide que lo logren otros poderosos esfuerzos individuales proporcionados a las necesidades; y aun cuando el rico quiere restituir por medio de ella una parte ó todo lo que á menudo ha sustraído al gran número, por medios que nada tienen de honrados, no lo logra. Es como si después de haber trasquilado una oveja se pretendiera pegarle la lana; la intención sería ciertamente buena, pero la lana cortada ya no podría dar calor á la oveja.

En efecto: tres cuartas partes de las miserias escapan al remedio, y las que pueden ser socorridas lo son mal é insuficientemente, sin contar que los gastos administrativos de las obras de caridad hacen perder un tercio de las rentas, que van á acumularse en las cajas de los ricos, mientras dichas instituciones caritativas continúan, so pretexto de caridad, sujetando al pobre á la gleba de la Iglesia. Yo he visto negar un socorro á una familia solamente porque uno de sus miembros leía un periódico que ni siquiera era netamente anti-religioso. Muchas veces, para obtener un pan, ven-se obligados los desgraciados á asistir á las pláticas religiosas dos ó más veces al día, perdiendo más tiempo del que emplearían trabajando si se les alcanzara trabajo.

Y por cima de todo, por mucho que se disfraza y suavice, la caridad hiere siempre la dignidad humana; no socorre al más necesitado, sino al que, menos delicado, siente con menos intensidad la vergüenza de la limosna. La caridad envilece al hombre en lugar de elevarlo, ahogando en su corazón todo sentimiento de dignidad personal y quitándole toda iniciativa para luchar y conquistar su propio derecho á la vida. Por grande que sea la miseria, mayor es el egoísmo humano, y la caridad es simplemente como un dique de paja que se intentara oponer al torrente desbordado de la miseria humana.

CÉSAR LOMBROSO

Más leyes carlistas

BASES RELATIVAS AL EJÉRCITO

Los carlistas han ocultado siempre el odio profundo que profesan al Ejército español tras de apariencias de respeto á intentos de mejorar su suerte.

Han puesto además empeño decidido en fingir que el Ejército los quiere ó al menos simpatiza con ellos y fácilmente podría ser suyo.

Mentiras. El Ejército los odia, y ellos á él más. Si pudieran lo aniquilarían; no habiendo manera de pasar sin él, lo convertirían en conjunto de presidiarios armados bajo una disciplina medio penitenciaria, medio monástica. Las bases legislativas que siguen, así lo demuestran claramente: no las olvide el Ejército, divídguelas cuanto pueda la prensa á fin de que todo militar las conozca y se convenza de que el carlismo no desea ni puede dar de sí otra cosa que la enemiga y la tiranía en sus propósitos de legislación.

Base 1.ª Todo joven incorregible será llevado al servicio militar por el tiempo que reclamen sus delitos, y no tendrá en la milicia distinción ni ascenso.

2.ª Todo el que estando útil á la edad de veintidós años no esté apto á causa de su holgazanería para ganarse el sustento por ciencia, arte ó oficio honesto, será igualmente destinado á las armas.

La vaguedad de estos dos artículos permite suponer que se deja ancho campo al poder gubernativo para llenar el Ejército de canalla, haciendo de esa noble profesión un sistema correccional. «Todo incorregible... ¿de qué? ¿Es que se quiere librar del presidio á los hijos de los poderosos é influyentes llevándolos al Ejército?»

3.ª El Ejército se compondrá sólo de voluntarios católicos de buena conducta. Sus cuarteles estarán en despoblado, viviendo en los mismos todos los jefes. Todos los individuos estarán siempre ocupados en ejercicios militares, alternando con los piadosos y en otros géneros de in-trucción. «Siempre ocupados... ¿En despoblado... ¿los jefes y oficiales siempre de cuartel? ¡Nada, el presidio convento cuartel: adios criadas de servir y bailes de los domingos; el soldado ancoretta no descansará nunca, ¡el oficial monje la pocococ... ¡Bonita perspectiva de ejército gacznico!

4.ª Los batallones destinados á la corrección de jóvenes delincuentes (serán éstos los incorregibles de antes ó otros) no tendrán más que los demás. (Entonces los pobres oficiales, clases y soldados no delincuentes, porque necesariamente debiera haberlos, resultarían penados sin delito... ¿Sus cuarteles serán las fortalezas, castillos y ciudades, donde vivirán bajo una disciplina rigurosa y ocupados en lo concerniente á la defensa de dichos lugares.

Esta gente, por lo visto, cree que su gobierno producirá un perpetuo estado de guerra, y bien mirado... no podía dar otra cosa.

5.ª Se restablecerán todos los artículos de la ordenanza que prescriben pena de muerte, de azotes y de tormentos á los blasfemos é irreligiosos, y también se restaurará la costumbre de leer diariamente las oraciones de la mañana. Oír misa cada día, rosario al anochecer y veladas nocturnas para la explicación de doctrinas que harán los capellanes y para las lecturas espirituales y enseñanzas religiosas. Todo militar sin distinción confesará y comulgará cada mes. Serán abolidos los privilegios de no ayunar, no comer de vigilia y otros que fueron arrancando á la Iglesia los reyes, influidos por el jansenismo. Cuando más, estos privilegios, ó los principales de ellos, que harán videntes para las épocas de guerra y en campaña.

6.ª Se establecerá en los regimientos la Hermandad de Santiago, la de San Jorge ó de San Miguel ó otras religiosas-militares, en las que será obligatoria la descripción de oficiales y soldados para que así la piedad brille en el Ejército, porque de otro modo no se purgará jamás de la lepra liberal y masónica, ni será un Ejército cristiano. Estas bases concuerdan con los esfuerzos que han hecho Comillas, ayudado por el P. Sanz, ó al revés, para fundar é introducir en el Ejército un periódico jesuitico carlo-integrista. Recordamos que ya habían encomendado en 1896 á un don Carlos Amer la confección del número de muestra del periodiquito que iban á confiar á dicho ex-laborador anticlerical de *El Resumen*, pero tan mala fué la muestra, que no la aceptaron, y después de buscar á otros escritores con igual éxito, acordaron introducir en las filas *La Semana Católica* y *El Mensajero*, después *La Lectura Dominical*.

Estos esfuerzos han sido completamente estériles, á pesar de los de Polavieja y de mucha gente comulgadora que han ido metiendo en el Ejército la masa de éste repugna con noble aversión esos ideales y esos papeles, porque es liberal y tiene sentimientos de patriotismo nunca desmentidos.

BASES RELATIVAS A ESPECTÁCULOS

1.ª Toda fonda, café, taberna, puesto de comer ó de beber y toda diversión pública se cerrará absolutamente (¿hay clausuras relativas?) durante los cultos de la mañana y de la tarde en los días de asistencia obligatoria á ellos, bajo pena de multa los infractores.

2.ª Todas las funciones de teatros, circos, toros, bailes y cuantas se opongan á la devoción debida en las fiestas, cesarán en ellas completamente. (¿De modo que el día de trabajo ya se puede permitir lo que se opone á la devoción? ¡Tiene gracia!) Este cierre se hace igualmente extensivo á los ferrocarriles, carruajes, transportes, arrierías y á todo movimiento desde las doce de la noche del día anterior á la fiesta, hasta las doce de la noche de ésta. Y como los carlistas duplicarían el número de las fiestas actuales, puede calcular el comercio las consecuencias.

3.ª Las diversiones públicas terminarán al ponerse el sol, en teatros, plazas y salones. Todo amo ó jefe de establecimiento que infrinja esta ordenanza, sufrirá confiscación de bienes y será destinado á trabajos forzados por algún tiempo.

Los cafés y las tiendas de artículos de comer y beber y otros semejantes, se cerrarán á las siete de la noche y en verano á las nueve.

Esto es restaurar la ley del cubrefuego en toda su extensión.

4.ª Todo espectáculo público presentará su programa y obras á la censura eclesiástica; la autoridad civil vigilará para que se cumpla lo que la eclesiástica disponga, bajo las más severas penas.

5.ª Habiéndose introducido en los teatros el lujo, no se permitirá que en los pocos que serán tolerados haya asientos de número y preferencia, palcos, etc.; los concurrentes se colocarán según vayan llegando, como se hace en las iglesias.

6.ª Será suprimida absolutamente toda diversión de teatro, baile, etc., que ofenda en la más ínfimo al pudor, á juicio de la Iglesia, castigándose á sus promotores con multas, y con presidio á los reincidentes.

Hubiera sido mejor no escribir tanto, y decir en plata: «Queda abolida toda diversión pública que no agrade á los frailes: la nación será un Paraguay ó una inmensa aldea de Filipinas, en los mejores tiempos de la trallera.» Las cosas claras.

(Continuará.)

Armas desiguales

Unas preguntas á todo liberal sincero que haya intervenido en la política:

«¿Tenéis vosotros, tienen las ideas democráticas y progresivas un altar, un púlpito, y sobre todo un confesionario, como tienen las ideas carlistas?»

En consecuencia, ¿tenéis un prestigio como el del alto clero, una milicia como la monástica y en muchas parroquias un pastor á vuestra devoción?

¿No? Pues lucharemos con armas desiguales, y ya está explicado por qué somos siempre los vencidos, las épocas de libertad cortas y estériles, y las de la reacción largas y eficaces.

Por lo tanto, en esta cuestión del clericalismo no caben paliativos: hay que cortar por lo sano.

Y contra ese confesionario, ese púlpito y ese altar, hay que oponer el arranque sublime, aunque brutal, de un pueblo ávido de justicia.

Mientras esto no se haga, España seguirá siendo una nación salvaje y envilecida.

LA RECLUTA

CUENTO

Vaya, madre mía, no tenga usted penas; aun hay Dios y... bueno. Mire usted lo que traigo; pesetas de plata. A ver: veinte; veinticinco, treinta... Y aún hay más... ¡Recíste! Otras veinte, otras diez... ¡y qué buenas! Suene usted. ¿Qué, qué tal? Conque veinte y otras dos veces veinte, sesenta. Justamente. ¿Que en dónde he hallado la fortuna esta? No ponga esa cara; no se asuste, madre, que aunque «seamos probes» tenemos vergüenza. Pues, verá: bajaba al romper el día por aquella senda que hay junto á la viña, por ver si cogía unas cuantas setas, cuando á media tarde, madre, como no teníamos aquí una perra, comer un bocadillo, cuando me tropecé con la Providencia vestida de cura; con don Timoteo, ese que «predica» en «todas las novenas». —Buenos días, padre—le dije. El entonces se puso á mi vera, y me dijo muy serio: —Perico, ¿sabes que es muy necia tu conducta? Tú eres bueno, honrado, formal, lo que quieras... mas, no has meditado ni te has dado cuenta,

que luce más de un año se encuentra tu madre gravemente enferma? ¿Que la arroba de vino se vende menos de á peseta, y que si las viñas no pueden cavar-se y éste año escasean los jornales, no tendrás los «probes» ni aun pizca de lena, y el frío y el hambre serán vuestro azote? Piensa esto, Perico; no seas babieca.

Pues bien, yo he pensado en libraros de tanta miseria. Aunque tú no entiendes ni pizca ni media de política, sabrás que se casa uno de mis jefes con una princesa, y es para nosotros este matrimonio la mayor desgracia que pensarse pueda.

Los gobiernos, ya ves si son malos, que mande Sagasta ó mande Silvela, al país arriarán; tan sólo don Carlos salvarlo pudiera.

Por esto pensamos que estalle la guerra. Tú puedes, Perico, ser un buen soldado.

Toma; dá á tu madre esta friolera, y luego á la noche llegará á la Iglesia: te dará una boina con borla de seda; una carabina reluciente y nueva y un escapulario para que las bulas ante él se detengan.

Adn hay más, Perico; díselo á tu madre: así que la guerra estalle en España, todos los que tienen el dinero á espuelas: los que tienen casas, que de vuestra frente el sudor las riega;

los que están en el pueblo tan solo cuando el tiempo llega de que se recojan las grandes cosechas; los que no trabajan y el fruto se llevan dejando á los pobres en la más espantosa miseria, esos richachores se irán á Valencia

ó á otras capitales, para que vosotros guardéis sus haciendas. ¿No es verdad, Perico, que estos potentados no tendrán vergüenza? Vale más ser carlista, muchacho: díselo á tu madre y dale esto á cuenta.

Esto, madre mía, es lo que ha «ocurrido». Nos hemos salvado; no habrá más miseria. ¡Ya verás que pronto que te pones buena!

Andate ya y gasta; camina ligera y haz buena comida; matem os el hambre, ya que en cuatro días comimos apenas.

¡Recíste! ¿Que tienes, madre de mí alma? ¿Estás más enferma?

¿Qué pena te ofige? ¿por qué lloras, madre? ¿Qué desgracia es esta? ¿Qué? ¿Que los carlistas? No, no me lo digas. ¿Que en la última guerra fusilaron al padre? ¡Cobardes! Voy, voy á la Iglesia á volver este infame dinero que me manos quema.

¿Y me dicen que sea carlista yo?... ¡Malditos sean!

M. GARCIA LIEDÓ

Predicaba un Padre sobre la caridad en la residencia de jesuitas de Bilbao, cuando entró un individuo y gritó: «¡Eso es mentira!»

Oír esto y alborotarse, y asustarse, y gritar las señoras, y correr y enarbolarse los paraguas los hombres como para defenderse, todo fué uno.

El interruptor, al ser detenido, manifestó que, hallándose sin comer, hizo aquello para llamar la atención y ser socorrido.

Y conmovidos los católicos ante aquel relato, lo llevaron á la cárcel.

El que tal hizo dió pruebas de imbecil. ¿Cuando ha visto que practiquen la caridad los que la predicen por oficio?

Cosas Literarias y Artísticas

EL SUEÑO DEL POETA

El alcohol que bebí copa tras copa en el café donde por primera vez se reuní con otros colegas y compañeros de bohemia, había trastornado la cabeza del poeta.

Mientras que con torpes movimientos de beodo se despojaba de la ralda levita, del grasiento pantalón y de las botas que apenas conservaban vestigios de charol, la mesa de noche, el baul, el lecho, el lavabo, las paredes, todo daba vueltas vertiginosas á su alrededor.

La llama oscilante y roja de la vela se multiplicaba ante la mirada turbia y fija de sus ojos adormecidos y vidriosos.

Esparcidas sin orden ni concierto por la habitación las prendas que se había quitado, y matada la luz de un manotazo, buscó á tientas la cama y dejóse caer en ella, arrebujándose entre las ropas.

Una respiración fatigosa y desigual agitaba su pecho. La cama parecía que unas veces, puesta en un plano inclinado, se precipitaba en el vacío, y otras que oscilaba de un lado á otro, como sobre un balancín. Esto producía un gran malestar, mareos, angustias, náuseas... Juró formalmente, en un brevísimo momento lúcido, no beber más en su vida.

Poco á poco el malestar fué desapareciendo; la cabeza parecía como que se descargaba de un peso enorme; los párpados se cerraban dulcemente; una flacidez agradable se apoderaba de sus miembros; la respiración se tornó imperceptible y tranquila.

Lentamente el sueño se apoderó de él, y en su cerebro, entre los vapores alcohólicos, empezaron á bullir ideas incoherentes y sin fijeza.

Una porción de cosas de esas que constituyen la aspiración, las ilusiones y las esperanzas de la vida durante la juventud, fueron pasando rápidamente, unas con toda claridad, y otras en obscura confusión, por la mente del poeta.

Por fin todo cuerpo y forma de realidad la idea con más vehemencia sentida, por más tiempo acariciada en su alma, la que constituía el encanto y la esperanza de su existencia.

La bella, la encantadora actriz de quien estaba platónicamente enamorado con el más puro y romántico de los idealismos; la diosa á quien en el fondo de su corazón rendía culto misterioso y desde lo más recóndito de su alma admiraba con

arrobamientos parecidos á éxtasis, se le apareció como visión radiante. Al mismo tiempo oyó los versos de su drama que una voz inefable, misteriosa é incorpórea recitaba alta en las alturas donde el espíritu vaga en la mágica región de los ensueños; versos que llegaban á él llenos de armonías y de cadencias maravillosas, nunca oídas que le exaltaban.

La ilusión se realizaba. En un momento pasó á través de su imaginación el cuadro completo de sus anhelos.

El gabinete blanco, perfumado y tibio de la divina artista. Ella con exántrico abandono, con dolorable coquetería reclinada en un diván y él á su lado, casi rozándose con su cuerpo, leyendo en alta y sonora voz las estrofas de su drama, un drama pasional, romántico, heroico, lleno de fuego y de inspiración, donde había depositado todas las energías y las ternuras de su estro poético y todas las galas y las bellezas de la retórica.

La actriz interrumpió varias veces la lectura para mostrar con sinceras y expresivas frases su admiración. El final la conmovió hondamente. —«¡Aceptado, aceptado. Será un éxito. Lo impedirá si es necesario á la empresa. A mí nada pueden negármelo»

El teatro estaba radiante de luces, de lujo, de mujeres hermosas, de hombres elegantes en palcos y butacas. Las galerías, rebosando gente, amenazaban hundirse. El éxito era colosal. La actriz había estado sublime. Muchas veces, apretando él con su mano nerviosa la móbida y delicada de la artista, había salido al palco escénico á recibir los aplausos formidables y las aclamaciones delirantes de la multitud. Ea el saloneillo le estrujaban los admiradores.

Después de un momento de confusión, de trajín inexplicable, de oscuridad, de un paréntesis que interrumpió la ilusión del ensueño, hallóse en el mismo gabinete blanco, perfumado y tibio donde había dado lectura á su drama.

Todo estaba allí en igual estado, excepto la luz que ahora, en vez de entrar clara y espléndida por el amplio balcón del mirador, apenas si se esparcía tenue de una artificial lámpara velada por caprichosos encajes de colores combinados azul y rosa.

La actriz reclinada en el diván. Su seno ondulaba dulcemente á impulso de una leve agitación; sus mejillas ligeramente coloreadas. Casi á sus pies estaba él, con la mirada encendida, el pecho palpitante, los labios temblorosos...

¡Oh! Las ilusiones de toda su vida, vítalas realizadas: su drama, aplaudido; él triunfante en esa lid titánica en que tantos caen moriendo al polvo, vencedor en ese palenque cerrado donde tan difícil es la verdadera victoria; y la hermosa actriz, la sublime artista, suya; allí, abandonada á él en el recogimiento de su gabinete que en el misterio de la noche se trocaba en santuario cerrado al que sólo podía penetrar elevándose en alas del amor... ¡El amor, sí! Las escenas del drama; la pasión intensa de los enamorados y protagonistas de la fábula poética, los amores soñados iban á tener allí vida real y efectiva...

Poco á poco, tras breves, rápidas y elocuentes frases del poeta y dulces monosílabos de la artista, las manos de ambos se enlazaron; la mirada ardiente de él penetraba á través de las azules y limpias pupilas de ella hasta el fondo del alma; sus cuerpos se juntaban... El hijo de Venus batía sus alas sobre el grupo... Sus labios se tocaron.

El poeta sintió una sacudida eléctrica por todo su cuerpo. Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

La luz del sol entraba por la ventana. Las paredes de yeso desnudas, el baul viejo, el lav. lo desventajado, las ropas usadas y ralas tiradas por el suelo, la cama pobre y dura; y él allí, tendido, fatigadísimo del pasado ensueño y de la pasada embriaguez.

—¿Qué noche! exclamó. —¿Qué en veñot! He sido feliz; he visto realizado lo imposible; pero ¡qué cansancio, qué malestar!... Sin embargo, es el único medio... Nada: esta noche volveré á embriagarme.

JOSE CINTORA

Calle de Amargura

Calle arriba, por la de la Montera, por la calle derecha de la Puerta del Sol á la Red de San Luis, he visto ya dos veces y á la misma hora, á la del crepúsculo, caminar, ascender trabajosamente á un obrero viejo y cojo vestido de azul, de aspecto inteligente, de hermoso rostro de profeta triste, adornado por larga barba blanca. Camina el infeliz lentamente, apoyado, sostenido en dos muletas de pino sin barnizar, sin goma ni suela en las extremidades, escurridizas y pesadas. Camina con lentitud; la pierna derecha muy en varada, forzemente anquilosada. El obrero viejo y cojo no pasea, camina con un saco de carbón mineral sobre la cabeza. El inútil, trabaja.

Con su cruz á cuestas, con el saco de carbón en la cabeza sube la cuesta el viejo obrero, impassible, indiferente á las miradas y cuchicheos de la multitud, cuyos encontronazos, codazos y obstáculos salva el cojo como puede.

Es la hora en que el hormigueo aumenta en las calles. Los desocupados pasean, ven escaparates y contemplan el naufragio; los empleados han dejado las oficinas y matan el tiempo callejeando hasta la hora de comer; las señoras van de tiendas muy despacio, muy satisfechas de ser admiradas, recibiendo con deleite miradas y piropos; los obreros bajan de los talleres y construcciones de Chamberí á sus tugurios de Lavapiés, ó suben de los talleres y obras del Sur á sus zaquias del Norte; van en bandadas los estudiantes al billar, al café ó al burdel, ó esperan, paseando la acera, á la modistilla, á la operaria de flores, son breros ó zapatos, que impacientes da las últimas vueltas á la máquina, acaba una flor ó pone una pluma al sombrero que una señorita, acaso más fea que ella, ha de comprar y lucir; la prostituta, ligera y provocativa, pasa dejando penetrante estela de perfumes; baja del coche á la tienda la gran dama y rodea una piara

de netrosos porteros pidiéndole limosna; va el médico á la última visita; van non curules y abogados de las Salas; espera que caiga un primo el sablista; distrae entre la multitud sus penas el triste, y todos sirven de estorbo al impudido que sube con el saco de carbón en la cabeza.

A los transcurtos sorprende, apenas molesta la aparición del viejo cojo. Sorprende verle trabajar cuando todos *hacen tiempo* holgando. Impresiona é interesa, porque demuestra dignidad ganando penosamente una vida miserable, á pesar de estar inútil, y no aprovechando su cojismo para mendigar. A los vagos, á los señores que caminan serios, enfundados en buenos gabanes, coronados por lucientes chisteras, el babau humeante en la boca, el pensamiento en la quijada, el juego ó la diversión á que dedicarán la noche, les molesta el cojo del saco.

¿No hay—piensan y aun dicen entre dientes unos á otros—policia urbana? ¿A qué va ese hombre cargado por la acera?

—Si es cojo...—dicen al elegante comedón. —Y qué, ¿no hay asilos?—replica. —¿Para que sirva el de Santa Cristina?—Los mujeres le miran compasivas, como las de Jerusalén miraron á Cristo en la calle de la Amargura. No está entre ellas, sin embargo, Verónica para enjugar el sudor del pobre viejo, que con la cruz del trabajo y la miseria y sin Cirineo que le ayude, sube la calle de la Montera arriba.

La primera vez que le vi me impresionó hondamente. La segunda ocurrió —palabra de honor—una circunstancia que muy novelesca y poética me parece.

Bajaba yo, subía el viejo. Las exclamaciones de una señora y varias mujeres, por su traza lavanderas, me hicieron notar su presencia. Me arrimé á la pared para observar y dejar paso. Y en esto el tilm-tim de una campanilla, hombres con luces que avanzan, un coche detrás y un palio tras el coche. La pareja se une á la comitiva y la escolta, los hombres se desdibujan, deteniéndose tranvías, carros y coches, arrodillándose las mujeres, y no se oye más que el tilm-tim de la campanilla y los *soes* con que los carreteros, conductores y cocheros detienen sus bestias. La gente y los coches parados y las mujeres arrodilladas en la acera, detienen al cojo, que no se desdibuja ante Dios porque no puede. ¡Como no se quite el saco! Yo tampoco me descubro en señal de protesta.

Pasa el viático, levántandose y persignándose las mujeres, cubrense y siguen su camino los hombres, arrancan los carruajes... El viejo del saco puede ya seguir su camino, y pasa por delante de mí. Entonces me descubro, y al descubrimiento, digo:

—Este, éste y no aquel, es Cristo que pasa...

Vuelvo á decir, palabra de honor, que todo esto es cierto. La poesía va por la calle; lo más novelesco se halla en la realidad; el arte consiste en saber mirar y contar lo que se ha visto.

Yo no soy artista; he sabido ver, pero no sé contar lo que he visto.

Ahí va, pues, este boceto de un gran cuadro digno de Sorolla; este borrador de un artículo digno de Julio Burell, el autor de *Cristo en Fornos*...

ROBERTO CASTROVIDO

Carne de carretera

PARA EL SEÑOR GOBERNADOR

Desde hace algunos días, al abrir las cartas que llegan á esta redacción, encuentro algunas en letra desigual, como escritas apremiadamente, con el ansia y el fervor del que cree dirigirse á un poder omnipotente y justiciero capaz de salvarle. Vienen de la cárcel y parecen traer, en los pliegues del papel, el hedor de la nauseabunda pieza, del rincón obscuro en el cual fueron garra-pateadas, aprovechando un descuido del vigilante, empleando como mesa la manta agujerada, en cuya trama duermen los parásitos, digiriendo su hartazgo de sangre.

Son los vagabundos, los criminales que no han cometido ningún crimen, los sospechosos de todo, pero que nada han hecho, los cuales van á salir en conducción hacia la Coruña, al otro extremo de España; y tiemblan pensando en seis meses de marcha á través de las áridas llanuras de la Mancha, de las planicies castellanas ardientes de sol ó cubiertas de nieve, de las rampas gallegas en plena miseria, interminable calle de Amargura que han de seguir atados de dos en dos, con la cama á cuestas, pasando de pareja en pareja, sufriendo el estado de humor de los guardias, unos bondadosos y clementes que les permiten descansar, otros irritados y crueles que les animan con la culpa á avivar el paso; y cuando llega la noche el amontonamiento en la cárcel da la miseria aldea, local ruinoso é infecto; el espacio y el aire para dos repartido entre cuarenta; la manta tendida sobre excrementos; los cuerpos rendidos y descuartados por la fatiga, cayendo con embrutecedor cansancio sin fuerza siquiera para limpiar el anelo, en el que ha de descansar su cara.

Recuerdo la frase de Canalejas al comentar los tormentos inquisitoriales aplicados en el castillo de Barcelona: «Toda España es Montjuich». Por el delito de profesar ideas contrarias á lo existente, los obreros han sufrido el tormento de sus órganos genitales dentro de una fortaleza; y por el delito de ser pobres, ciertos infelices se pasan

a vida como nuevos judíos errantes, venido de un extremo a otro de España, víctimas de un tormento lento y coarctado, mil veces peor que los de Montemín, hasta que la piadosa liebre les toma en sus brazos en cualquier cárcel infecta, dejándolos descansar para siempre o el sol les hace caer en medio de la carretera para no levantarse más.

Las almas fieras lloraban hace pocos meses leyendo en *Resurrección* de Tolstói aquellas descripciones horribles y conmovedoras del convoy de condenados que marchan a Siberia, a pie, por las interminables carreteras, durmiendo en posadas, dejando a los lados del camino los cuerpos inertes de los presos que caen por el frío, la insolación y la fatiga.

—¡Esa Rusia!—exclamaban las buenas gentes—¿qué cosas tan horribles tiene la tiranía!

Y bien, apreciables señores: la burguesía rusa no ve tales horrores, como no ven los de la sociedad española los que aquí gozan una existencia feliz. Por trastumbire y por egoísmo se cierran los ojos ante el mal y el abuso.

Aquí no tenemos una Siberia, pero en cambio, el preso español, para caminar meses y meses, no necesita comparecer ante un tribunal y ser sentenciado como el preso ruso; basta la voluntad de un simple agente de policía, y todos permanecemos indiferentes ante el inmenso crimen de las conducciones, que se verifica en una sociedad cristiana y civilizada.

Ese crimen, ni lo ordean las autoridades ni lo toleramos nosotros por maldad o cruel satisfacción. Es la costumbre, la rutina, una pésima educación completamente divorciada del espíritu de justicia que hace que el delincuente desmiente en nosotros la crueldad antes que la miseria carcelaria.

Alí tienen ustedes al señor Díaz Merry: una excelente persona, funcionario honrado, buen padre de familia, incapaz de cesar voluntariamente el menor daño a un semejante, rodeado a todas horas por el tierno ambiente de una familia cariñosa y sencilla. Un día de estos encontrará sobre la mesa de su despacho la comunicación redactada por un escribiente, dirigida al gobernador de la Coruña (no hay otro más lejano), notificándole el envío de una cuerda de vagos e indocumentados, y la firmará tranquilamente. Si le doliera un ojo a una de sus niñas llorarla como llora todo buen padre; si a un amigo suyo le ocurriera la más leve desgracia sentiría el desasosiego de la emoción, y sin embargo, después de firmar esa orden dormiría reposadamente; jugará regocijado con sus pequeños, con la tranquilidad del funcionario que vela por la sociedad cumpliendo su deber; sin la más remota sospecha de que acaba de realizar un crimen, y de que si existiera otra vida con premios y castigos, esa cuerda de hombres empujados que se desliza entre calzados y juramentos por caminos que no acaban nunca, tiraría de él, y pesando como lastre de infamias, no le dejaría llegar donde llegan las almas puras.

Hay que saber cómo se forman esas cuerdas. En toda ciudad existe un bajo fondo donde se revuelven las larvas sociales; mendigos, obreros sin trabajo, niños que parecen nacidos de los adoquines de la calle, gente fuertemente que sólo conoce que hay autoridad y leyes por las paladas que recibe, así intente subir por el camino del bien como siga descendiendo por las tortuosidades del embrutecimiento.

No quiero apelar a sensiblerías. Hablo de lo que he visto. He pasado algunos meses en una cárcel y he estudiado de cerca a esos infelices, semejantes al Juan Valjean de *Miserables*, que por robar un pan en su juventud no se libró del presidio hasta la vejez, volviendo a él tantas veces como intentó hacer la vida de ciudadano honrado.

Yo he conocido hombres que entre quinenas de detención y conducciones al otro extremo de España, han sufrido una condena perpetua... a pedazos. Si son ponían en libertad, la policía los cogía en la misma puerta de la cárcel y dentro otra vez; y cuando el procedimiento resultaba gastado, los enviaban a la Coruña o a Cádiz por tránsitos de la guardia civil.

En su niñez, por cometer un pequeño delito, o por no tener familia fueron conducidos a la cárcel como vagabundos a sufrir una quinena. Una vez conocidos de la policía y anotados en la lista de sospechosos, *lasciate ogni speranza*. La autoridad española es estúpida y cruel como la máquina. El que se deja coger un dedo se siente atráido para siempre, y el engranaje tras la mano se lleva el brazo y el cuerpo entero, estrujando una vida, matando una conciencia.

No tengo interés alguno en insultar a la policía. A mí jamás me hizo daño alguno. Reconozco que hay en ella muchos pobres diablos a quienes el hambre obliga a aceptar la más antipática de las profesiones y dentro de ella observan una relativa honradez, pero juntos con ellos figuran gentes tales, que bien pudiese asegurarse que en España mientras exista policía tendremos ladrones.

Llegan ciertos agentes a los lugares donde la miseria amoneta la basura social. Van a salvarnos a nosotros, poniendo en conserva a los que son sospechosos, aunque no hayan cometido delito alguno.

La escena no puede ser más odiosa. Los descalzos y desaharrados que no llevan entre sus andrajos ni un céntimo, ¡a la cárcel! Los otros que encuentran en el fondo de su blusa un duro o dos, se alejan tranquilos, aligerados del peso de la moneda, producto de alguna ratería.

Los inútiles, los bobos que no saben vivir, a pasear España de una punta a otra, mientras los listos y laboriosos quedan libres para ser como flecos que dan su buena renta a los agentes de la autoridad.

Irrian las infamias de la desigualdad social. Para condenarnos a ti, lector, o a mí, si cometemos un delito, se necesita que un juez llene pliegos de papel, que se reúnan tres señores con toga, y que se den mil vueltas e interpretaciones al inmenso farrago de leyes: todo porque gozamos la felicidad de tener una casa, una familia y haber conocido a nuestros padres. En cambio para los que no tienen hogar, los que no conocieron familia y no encuentran una mano protectora que los saque del barro, basta un cerril guardia de orden público; y, sin delito determinado, sin otra acusación que las palabras de *vago y sospechoso* que lanza una autoridad de dos pesetas, sufren el tormento de un cautiverio sin fin a través de caminos y cárceles.

Tratándose de un vago, de un indocumentado, lo natural y lógico es enviarlo al lugar de su nacimiento. Esto es lo que permite la ley. Pero aquí entra lo escandaloso: aunque el detenido diga que es de un pueblo cercano a Valencia, el gobernador, aquejado por criminal sordera, entiende que es del otro extremo de España, y no coge la policía en esta ciudad un vagabundo sin dinero que no resulte ser de la Coruña o de Cádiz.

Y los gobernadores que esto hacen son personas honradas! ¡Y mientras la cuerda de presos sin delitos va de Valencia a la Coruña, y al llegar allá tras seis meses de viaje vuelve a salir pa-

ra otro punto por haberse equivocado el gobernador, la policía bebe alegremente en los colmados con los *carteristas* y toda clase de ladrones que viven de señoritos y tienen cinco duros en el bolsillo para sacar a la autoridad de apuros!

El que entabla una vez relaciones con la policía y no roba para rescatar con dinero su libertad, es hombre perdido.

Pero de aquí oigo a esos moralistas que predicando virtud desde su comedor a la hora de la digestión: —¡Que se hagan buenos! Que trabajen... ¿Cómo? ¿Dónde han de trabajar si apenas están libres los vuelven a coger, cual si su destino fuese vivir en perpetua cadena? ¿Cómo hacerse buenos si para que les respeten necesitan dinero y el dinero sólo robando puede hacerse en pocas horas?

El rmosa misión la de la autoridad. Las tres cuartas partes de los ladrones de España los fabrica ella.

Dicen que eso de las quinenas y de las conducciones a estilo ruso, es para escarmiento de los vagos, para que aprendan a ser buenos.

Mentira. La policía les impulsa a robar, dejándoles libres por dinero; y los gobernadores, cambiados a sabiendas el lugar de su destino, les enseñan a ser falsificadores.

Ante espectáculos como éste, hay que reírse del principio de autoridad, ese gran alcahuete encubridor de infamias. Todo es cuestión de traje. Lo que en el andrajoso o en el hombre de blusa es delito digno del presidio, resulta un mérito en los que ostentan insignias de autoridad, y aun les damos las gracias porque velan por nosotros atropellando a la justicia y dando el timo a la ley.

MASCO IBÁÑEZ

Leo en *La Lucha de Clases*, de Bilbao: «Trasmuto a Nakens, para su delicia, la noticia siguiente:

«El graffan de Constantinopla que una banda de kurdos ha atacado un convento de frailes, asesinando a todos ellos.»

¡Vaya unos *kurdela*, eh! La nación española, que está de fraileocracia hasta la gola, ¡llegará a proceder con tal fiera si se le sube el vino a la cabeza!

Me conoce bien *La Lucha*, al afirmar que las noticias de esta clase me encantan.

Lo único que me apena, es que no se repita con la frecuencia que yo deseara. ¿Y sabe por qué? Porque, seguro de que los mártires religiosos van al cielo, mi único afán se cifra en que vayan allá, y cuanto antes, todos los santos varones que por sus virtudes lo merezcan.

Si en mi mano estuviera, (créaseme bajo mi palabra), antes de ocho días se hallarían disfrutando de la presencia de Dios todos los frailes que tenemos en España.

No lo puedo remediar: los quiero mucho.

El recuerdo de familia

Antiguo Juan: No está el horno para bollos, ni la Magdalena para tafetanes. Las desgracias que continuamente caen como aluvión encima de nuestra desventurada España, y que yo puedo, por sus semejanzas, compararla con las que viene sufriendo mi familia, son las que me obligan a dirigirte estas cuatro líneas y contarte lo que en estos momentos sufro.

Tiene mi familia un recuerdo antiguo, que viene pasando de padres a hijos desde los más remotos tiempos, cuyo recuerdo lo constituye un cuadro simbólico de la Divinidad.

Este cuadro, tradicional entre la familia, nos viene costando muchos disgustos y sinsabores, y no pocos pleitos y riñas, alegando todos derechos de dominio y posesión.

Iguales causas producen siempre idénticos efectos, y las nuestras son terribles, pues hemos llegado al triste y miserable estado de no encontrar quien nos preste una peseta, ni nos lleve una libra de pan. Todo lo tenemos empeñado, todo, hasta nuestra palabra de honor que podemos decir que ya la hemos perdido.

«¡Quemad ese cuadro, signo de vuestras desgracias!» dicen unos.

«¡Vended, engañad o rompéd ese cuadro, signo de vuestra ruina!» dicen otros. Pero mi familia, erre que erre; no quiere desprenderse de ese tradicional recuerdo, aunque perezcamos de hambre y de miseria.

El orgullo, que también parece tradicional, y el temor al que dirán, hacen seguir a nuestros viejos aferrados a ese cuadro decorativo, y consentirán que perezcamos todos antes que abandonarlo.

Nosotros, los jóvenes de la familia, olvidando tradiciones antiguas, despreciando vanas preocupaciones y recuerdos que más bien que otra cosa nos acaorean el triste y miserable estado que padecemos hoy, y pensando como deben pensar los hombres del día, en lo positivo, aconsejamos a nuestros viejos que enajenen ese recuerdo, por venerado que sea, y nos concretemos a vivir en paz y amistad con la familia; pero no quieren ni lo consenten. ¡Será capricho! ¡Será fidelidad! ¡Será terquedad, orgullo insensato, o qué será?

En manera alguna podemos averiguarlo. La negra fatalidad se cierra sobre nuestras cabezas, y se nos presenta como fantasma vestido con el ropaje de los hambrientos.

Ya parecemos una familia de espectros, escañados, amarillentos, curtidos y desecados por tanto sol y viglias tantas.

Apenas si podemos mover los pies y si tenemos bríos para hablar; y, sin embargo de contemplar el cuadro de tristeza que forma la familia, nuestros viejos siguen ve-

EL MOTIN

nerando y respetando el cuadro simbólico tradicional, sin querer desprenderse de él.

En mis largas viglias y meditaciones pienso a veces: ¿no sería justo y equitativo que la justicia de los hombres interviniera en este asunto, y mandara arrojar, quemar o vender ese cuadro que causa la desgracia y la intranquilidad de una familia, por respetar anacrónicos caprichos de unos viejos choccos y caducos, que hasta ni la muerte los quiere? ¡Ay, amigo Juan! Guardate el secreto y dame tus consejos; pero el cuadro de mi familia y lo que representa la monarquía española, se parecen como un huevo a otro huevo.

No hagas mal uso de la presente, y sabes puedes mandar como te plazga, a tu escándalo amigo.

JOSÉ ISONA MIRAVALLS

Noviembre 20 de 1900.

Los carlistas de casa

«Todo el que no es nada, es carlista», decía un señor Tolado, capellán de San Martín, cada vez que oía decir a alguno: «Yo no soy nada en política».

El clérigo tenía razón; esos *neutros* que hablan siempre de la necesidad del pan con su poquito de pan, conciente o inconscientemente son el mejor apoyo de toda reacción, y toda reacción es en definitiva no puede menos de ser, monárquico absolutista; lo que aplicado a España se traduce en puro carlismo.

Señalamos a los carlistas de casa (los del campo los conocemos todos).

En primer lugar, lo es el alto clero, por interés. Liberal, incrédulo, volteriano y corrompido por dentro, su conveniencia le hace ser esclavo de los planes teocático-absolutistas del Vaticano.

El jesuita no hablemos, porque es en todas partes el embajador y *dux ex machina* del movimiento reaccionario.

Vine después el fraile, dividido en dos clases: fraile intelectual, listo, elarividente y elemento director, volteriano y corrompido como el alto clero; fraile tonto y fanático, que cree desempeñar una misión cristiana y salvar su alma, dejándose dirigir por el intelectual. El monaquismo es una legión temible, porque no tiene patria, ni familia, ni rey, ni ley, ni nada más que su Orden y Roma.

Corresponde el tercer lugar al clero, que, aún no de-pavilado, sigue pareciéndose al fraile de segunda clase. En las diócesis donde el obispo es tolerable y abusa poco, el clero inferior no siente la necesidad de ser libre ni el instinto oposicionista, y cuando lee en la prensa los desmanes del episcopado, cree que todo es una calumnia, porque él no conoce más iglesia ni más mundo que su diócesis. Es mayor la otra parte de ese clero pobre; pero todavía no tan considerable como sería necesaria, en lo que no tienen poco de culpa los torpes liberales.

Hasta aquí la Iglesia; no contando las legiones de moajas, porque no tienen otro pensamiento que el del fraile, y con éste hay que ayuntarlas en nuestra clasificación. Bastante nocivo es el tal auxiliar femenino, que por su condición melosa embaucó a las mujeres, y por ser mujer a los hombres, sin exceptuar a los más radicales.

En el elemento laico, menos temible ciertamente que el clerical, ocupan el primer puesto los aristócratas de antiguo o de nuevo cuño; aquellos lo que son paladinos de pura sangre, serviles y leales naturales de todo monarca y cuanto más absolutamente mejor, aún de esclavos de los jesuitas; los de nuevo cuño por lo que quieren ser, y quieren ser lo que los linajados.

El Ejército. Es y fue siempre liberal; pero hace 25 años que el jesuitismo viene introduciendo en él a tantas hechuras suyas puede sacar de las familias donde domina, y a cuantos logra comprar o seducir; tenemos, pues, una parte de oficialidad, jefes, generales del lado de allá de la libertad. No hay aquí un colegio militar de Saint Gir dirigidos por jesuitas, pero el resultado es casi el mismo.

La burocracia. En ella ha hecho el jesuitismo lo que en el Ejército. Primeramente, las aristocracias se han apoderado de los centros burocráticos. De oficial según arriba, todo se vuelven condes, duques y marqueses en los ministerios, gobiernos, Consejos y oficinas. Lo que éstos no quieren ó no pueden desempeñar, se confiere a plebeyos vendidos a la reacción y a ex-carlistas, vulgo mestizos.

Aquí la mayoría de los conservadores y de los sagastinos, y de muchos que parecen demócratas, lo que parecen, son simplemente carlistas que sufren la apariencia liberal, a reserva de aniquilarla en cuanto puedan. No citaremos a los hombres que son bien conocidos: el hecho basta a nuestro propósito. De las grandes empresas diga-se lo mismo: jesuitas.

Después, lo que resta, es la morralla reaccionaria de serviles mamarrachos.

LA MISERIA

A UN REVOLUCIONARIO

Fías en la miseria como fautora de revoluciones. En mal auxiliar pones tu esperanza.

Instigadora de motines, cuando más, de ella nacerá la revuelta airada y sangrienta, la destrucción, no la revolución fecunda y creadora.

La miseria es madre de la desesperación, del embrutecimiento, de la servidumbre y de la vileza.

No fies en ella. Empuja a los hambrientos a la rebelión; pero, saciada el hambre, los vuelve más sumisos al oprobio.

Crea mendigos, seres débiles y cobardes, sin la más leve idea de la dignidad, sin respeto a sí mismos, sin ansias constantes de mejor estar, sin tenacidad en los propósitos, sin persistencia en las resoluciones, sin inteligencia para la acción. La miseria es bestial y ciega; se rinde pronto a la fuerza, al soborno y al halago.

Pueblo de hambrientos, pueblo de esclavos, pueblo de miserables, pueblo donde la barbarie, la ignorancia y el mal tienen su asiento; pueblo de mendigos, pueblo que retrasa a los demás en el camino del progreso y del bienestar.

Si la miseria fuese agente de revoluciones, España marcharía a la cabeza de muchas naciones en el camino de la emancipación humana; los obreros más explotados y oprimidos serían los más valientes soldados de esa emancipación, y, sin embargo, España forma en las últimas filas de la retaguardia, y los obreros más miserables son los que más temen y los que menos se preocupan de su suerte.

No, no hará la miseria otra cosa que males; que del mal sólo mal debe esperarse. El bienestar creciente, la instrucción, la dignidad, la salud, la fuerza, he ahí los verdaderos agentes de la revolución.

Que se eleven los salarios, que se rebajen las jornadas, que entre la abundancia en el hogar obrero, que el bienestar suscite nuevas necesidades, que la cultura dé a todos conciencia de su derecho a vivir vida digna y racional, y cuando las crecientes necesidades físicas, morales e intelectuales, cuando un superior concepto de la justicia arme el brazo de los oprimidos, ni las balas podrán reducirlos al silencio, ni la abundancia del día les hará desistir de sus propósitos.

Guerra, guerra a la miseria. Ella es la mejor auxiliar del despotismo, de la explotación, de la ignorancia, del envilecimiento y del crimen. Es la consejera de la desesperación, y la obra que hemos de realizar los trabajadores es obra de inteligencia, de templanza y de prudencia, cualidades que, lejos de excluir la energía, son inseparables de ella.

EL ARRÁEZ MALTRAPILLO

Dos curas carcundas

Por si de algo sirve para otra vez, no olvide quien deba saber estas cosas, que en Madrid, además de los curas carlistas ya citados, hay dos pejes dignos de especial vigilancia y de algo más.

El uno es un señor Parejo, ex-sargento de carabinieri, que se pasó a la facción en la última guerra, luego se ordenó y fué economo de Valdecas hasta que lo hicieron párroco de otro pueblo de esta diócesis, donde aún está, siempre laborando por la causa. Es hombre de historia poco presentable, hipocrita, artero, chismoso, egoista, ignorante, fanático al parecer y siempre carlista acerrimo. Ha hecho varias víctimas, y su historial, que anda impreso, aparecerá un día en estas columnas.

El otro es el cura Salas, catalán, beneficiado de Toledo, donde no puede residir porque hay una sentencia de destierro por injurias que lo aleja de allí. Perteneció al «Requeté», se ordenó a tropicaciones en Valencia por obra de Chapa: el beneficio lo obtuvo de los liberales por mano carlista. Es laborante sempiterno, que va a menudo a Cataluña, a Valencia, a París y de eso vive. Suele residir en Madrid, siempre metido en la redacción de «El Correo Español» ó en la de «El Fusil».

Meses atrás chocó muchísimo, según nos dijeron, veris muy metido en la Nunciatura. Solía ir en el coche como paje de este Nuncio y andar por arriba en los salones. Conocida la indole e historia del sujeto y dada la posición delicadísima del prelado, no se explicaban los que allí creyeran reconocer a Salas, semejante protección.

Nosotros no llegamos a verle, y por eso aún dudamos que fuese él; acaso le confundieron con otro parecido; acaso también se le quería sujetar, y por cierto que no se consiguió, porque en esta algarada estaba de sobra metido, más aún que Bocos.

Hoy reside en el extranjero, mas no tardará en volver a Madrid, centro de sus hazañas, y quizás a la calle del Nuncio, donde sin duda no deben conocerle.

Amhos curas, cada uno por su estilo, son poco de fiar y deben estar en lista para su día, el día del escrutinio.

EL PAÍS

BANDO

Don Rafael Alvarez Sereix, gobernador civil de las Baleares.

ORDENO Y MANDO: que todos los que no teniendo oficio ni renta conocida se mantienen con varios pretextos y concurren con frecuencia a estíis, cervicerías, casinos, mesas de billar y tabernas y otras diversiones, aunque permitidas, pero solamente para el alivio de los que trabajan, recree de los que no abusan, y no para fomento del vicio de los ociosos, o también, paseando continuamente llenan las plazas y esquinas, se abstengan de semejantes frecuentaciones y tomen alguna honesta ocupación conocida, bajo la multa que les impondré, haciéndoles aplicación del artículo 22 de la ley provincial.

Palma 7 de Noviembre de 1900.

RAFAEL A. SEREIX

Quisiera haber sido ministro de la Gobernación, para separar del cargo, con la ignominia que por clasificación le correspondiera, a ese tal Alvarez.

Poncio que a esta fecha debe haber recibido una carta del cardenal de Venecia, en que lo aplauda y le diga:

«Anoto tu nombre en la lista de los escogidos. Tú me comprendes y me preparas el camino.»

¿Cómo no han de animarse los carlistas con gobernadores de ese calibre reaccionario!

LOS CARLISTAS

Todos los gobiernos, de ventitrés años a esta parte, se han mostrado complacientes: ¡qué digo complacientes!, esclavos sumisos: de la Iglesia, que es el eterno enemigo de la libertad y del aliado del carlismo.

Los conventos, centros perpetuos de conspiración, se han multiplicado de una manera alarmante; los círculos católicos de obreros, banderines de enganche del ejército carlista, han sido amparados y protegidos por las más altas esferas gubernamentales; la enseñanza de la juventud está en manos de inmundicia de congregaciones religiosas, mientras los maestros de escuela se mueren de hambre, en las más altas regiones doctine un fanatismo repugnante; las prebendas eclesiásticas se han dado a los más feroces ultramontanos; en las universidades, en el Ejército, en los tribunales y en la administración ocupan los más altos puestos aquellos que más sumisión y acatamiento prestan a la Iglesia; en los centros docentes oficiales se ha establecido la cátedra de religión y moral; en las Cortes y en el gobierno se habla de restringir el jurado y el sufragio y cuantas leyes

tienen un soplo liberal; los personajes de la política imperante tienen todos su director espiritual, que es casi siempre un jesuita; Gamazo, Maura y cien más tienen sus hijos en las universidades católicas, y tantos datos se podrían aportar para explicarse el envilecimiento de las turbas fanáticas, que sería el cuento de nunca acabar.

Como consecuencia de todo esto se ha extendido por todas partes la mojigatería, y de ahí esas peregrinaciones y esas procesiones a cuyo frente se ve siempre a los carlistas más significados y en las cuales van de comparsas liberales que merecen ser escupidos en el rostro.

En Bilbao da asro lo que sucede. No hay ostentación religiosa, más que religiosa carlista, a la que no concurre nuestro alcalde a lucir sus narizotas y con él los tenientes de alcalde más menudos y más jesuitas.

En el ayuntamiento se concede todo a las asociaciones religiosas; *El Sitio*, la sociedad liberal, cuelga sus balcones al paso de las procesiones, y los periódicos parecen boletines eclesiásticos, llevando sus columnas de artículos místicos y dando cuenta de misas, novenas y rosarios.

La plaga religiosa, y quien dice religiosa dice carlista, favorecida por los gobiernos de la república, se ha extendido por toda la península y hoy amenaza devorar a sus propios cultivadores.

La táctica de los gobiernos del último cuarto de siglo ha sido la de halagar al clero para desarmar al carlismo. Ya estamos viendo cómo lo ha desarmado.

La Iglesia ha sido siempre déspota y en España es y será siempre carlista.

Los ideales carlistas están hoy entronizados en el poder, y si don Carlos y sus secuaces no llegan al gobierno por el estruendo de las armas, será porque los intereses creados con el desarrollo industrial de los últimos años lo impiden.

Mientras no se descataloga al pueblo y en tanto que quede un convento en pie, España será un país digno de estar situado en el centro de África.

EL RUIDO (Bilbao)

Otro cura carca

Registrada la casa de don Antonio Castillo, cura de Monovar, se encontró un retrato del Chapa con dedicatoria autógrafa y varias cartas y documentos que probaban la complicidad del ministro del Señor en la última intentona carlista.

Y, a pesar de esto, y de haberse averiguado que aprovechaba el tiempo en la última novena de ánimas para hacer propaganda carlista, se ha limitado el gobierno a ordenarle que fije su residencia en Orihuela.

Me alegro de que los monárquicos obren así contra el clero carlista, porque llevarán al país este convencimiento:

Únicamente los republicanos podrán salvar a España del carlismo, el día que él se apreste a dar su última batalla.

Algo de bueno había de haber traído la última intentona.

Los curas que matan

Hermosa crimen el de la calle de Alcalá. En sí mismo es vulgar un flo loco, vengativo ó apasionado, que mata a otro y se castiga, juez y verdugo de sí mismo, pegándose un tiro. Ese crimen, ese doble crimen, por lo repetido, no impresiona ya, ni gusta al respetable público. Si el sangriento suceso que el *Heraldo* llama *Rina de curas*, ha sorprendido y emocionado, si ha resultado un gran éxito, un suceso de primera, un crimen hermoso, débese a las circunstancias de lugar y tiempo y a la calidad del agresor, del agredido y de los testigos.

El asesino ó homicida (aún no puede ser perfectamente calificado el delito, pues hay dos distintas versiones) y suicida, era sacerdote, lo mismo que su víctima. El sitio, el único, ni elegido a propio intento, para dar la mayor intensidad dramática a la acción. La calle de Alcalá a las seis de una tarde placida de otoño, y delante, en la escalinata misma de un templo aristocrático, de una de las más distinguidas casas que el Señor tiene en Madrid. ¡Admirable! ¡Admirable! Eso es mucho más trágico que el desenlace de *El loco Dios*. ¡Y todavía hay críticos que motejan de inverosímiles los *efectismos* de Elcargay!

¿Cuánto crimen en un momento! Profanación, sacrilegio, escándalo, homicidio ó asesinato y suicidio.

Se ha colocado el cura *Florida*, sino a la cabeza de los curas que matan, pues no hay quien se ponga por delante del celeberrimo cura Merino, que no mató, pero cierto, pero que llevaba las de Cain, y que por un arañazo fué muerto en garrote vil, quemado su cadáver y aventadas las cenizas, maldades, crueldades y barbaries muy superiores al crimen frustrado de aquel espio de clérigos criminales, ni llega *Florida* a competir con el famoso cura Galote, en un lugar muy distinguido y preeminente. Los crímenes de don Antonio *Florida*—dulces nombres, impropios del personaje—son mucho más teatrales y simbólicos (si cabe en materia criminal este calificativo) que el patricio del cura de Lucubín y que el asesinato de una joven sobrina y mancha del matador, cometido por un capellán de Zaragoza, aun no habido, como tampoco lo han sido los matadores del cura Merin.

La lista de los curas que matan va siendo larga. ¿Será que haga falta una guerra civil periódicamente que sirva a modo de válvula de los furiosos sacerdotes y de las violentas pasiones de los clérigos? ¿Quién sabe!

Algo debe haber, porque los curas que como soldados de Dios, de la patria y del rey Carlos (V, VI y VII) han luchado contra el ejército liberal, se han distinguido por sus desmanes, l-chorias y crímenes y se han portado más como facinerosos bandidos y salteadores de caminos, que como defensores de una causa político-religiosa.

Digna de estudiarse es la psicología del cura que mata. Casi todos los criminales tonsurados han sido buenos sacerdotes, irrepresables respecto al fiel cumplimiento del voto de castidad.

El cura calaverón y mujeriego no suele ser criminal. Hay excepciones como la de Galeote, que vivía con su coima, una señora malagueña muy simpática y agraciada. Pero lo general es que el cura asesino, sanguinario, feroz, sea casto ó aborrecido de las mujeres, aun cuando no sea devoto de la castidad.

El cura Santa Cruz, prototipo de estas salvajes alimañas, era modelo de virtud y espejo de castidad. Todos los mandamientos los infringió, menos el sexto y el que prohibe desear la mujer del prójimo.

Crímenes como el del padre Florido espantan a los devotos cándidos, de buena fe, y contrarían enormemente a los que explotan la devoción.

La señorita cursi y el pollo bitongo, asiduos concurrentes al pinar de las de Gómez, jamás pasan por delante de las Calatravas sin persignarse ella y descubrirse él. Pues allí, a la entrada misma de la casa de Dios, realizó sus crímenes el desdichado Florido, quien, en vez de escapularios y la estampita de San Expedito, llevaba un revólver y las cápsulas correspondientes.

¿Qué ministros tiene el señor Dios mío?—se pregunta azorada la devoción sencilla. ¿Cómo quien todo lo sabe y todo lo puede, deja el gobierno de la corte celestial a ministros tan malos o peores como los que se usan en la corte de España?

Las almas puras y simples, las de cántaro, que dice el vulgo, están inquietas. ¿Esaron una mano sangrienta como la de lady Macbeth al poner sus labios en la diestra de su director espiritual? ¿Entregaron los más reconditos secretos de su conciencia a un presunto homicida? El nombre del cura que nos caso, del que bautizó a nuestros hijos, ¿el del sacerdote a quien pagamos las misas que dice por el alma de nuestros padres, ¿figurará, «el día menos pensado», en la crónica criminal?

Para honestar los delitos de los curas que matan, y, sobre todo, para calmar a los devotos y no perder la parroquia, se apela a estas dos mulietillas, aumentadas ahora con una nueva. Las antiguas son: una frase hecha, el cura es un hombre como los demás, y una suposición: la de que el cura criminal es un loco. La nueva mulietilla consiste en decir: lo ocurrido en la calle de Alcalá no tiene nada de particular, porque se trata de curas castrenses, de clérigos militares. No está mal.

Verdaderamente la existencia de curas castrenses, de sacerdotes de armas tomar, vivir en cuarteles y relacionarse con oficiales alegres, sargentos pecadores y soldados poco temerosos de Dios, es de lo más absurdo y anticristiano que puede verse. Un ministro del Dios que condenó la guerra, que mandó no matar, que ordenó la mansedumbre y el perdón de las injurias y el amor a nuestros enemigos, es dentro del cuartel una contradicción. El cura no debe servir a quienes tienen la profesión de la guerra, a los que se educan, se preparan constantemente para matar, a quienes consideran deshonrosa afrenta perdonar las injurias, a los obligados a odiar, a exterminar a los enemigos de su patria y de su rey.

Deben los sacerdotes ir voluntariamente al campo de batalla y prestar auxilios espirituales a los moribundos; pero anticristiana es su misión adhiriéndose a un regimiento, siendo un oficial más, subordinado y obediente al coronel. Si los curas fueran cristianos, si no hubieran hecho vulgar oficio de su misión apostólica, en el cuartel lo que harían es inducir a la desertión a los soldados e influir en jefes y oficiales para que abandonaran su profesión. No matar, dijo Cristo—repeliría el cura en el cuartel—perdonar las injurias y amar a nuestros enemigos nos mandó, dejad, pues, espadas, fusiles, bayonetas, lanzas y cañones y en nombre del crucificado resistid a ir a la guerra.

En suma, el cura cristiano predicaría en los cuarteles lo que Tolstoy y los nazarenos propagan en Rusia: el cristianismo, el sermón de la montaña.

No es extraño que el capellan de un regimiento mate y se suicide y use revólver en vez de breviario.

Las mulietillas de índole general, a que antes aludí, más confunden que convencen y más alarman que templan el ánimo. Si los curas son hombres como los demás, ¿qué exigirles virtudes más que humanas y votos contrarios a la naturaleza? ¿Y a hombres como los demás, propensos al error, flacos de inteligencia, pecadores y susceptibles de ser dominados por las más abominables pesiones, confiamos la inteligencia de nuestros hijos, el alma pura de nuestras hijas, la conciencia de nuestra esposa? ¿Cabe una imprudencia temeraria más grande?

—Estaba loco ese pobre Florido—dijo el día de autos el sacristán mayor del reino, el antipático cagatintas que es, no sé por qué, ministro de la Gobernación.

El aserto de Ugarte ha sido confirmado por el obispo de Sión. Este volverían prelado ha dicho con la mayor frescura, que ya sabía él desde hace tiempo que don Antonio Florido estaba loco.

¿Qué sacrilegio más formidable! ¡Por mucho menos condenaba la Inquisición a la hoguera, a ser quemado vivo!

Sabía el obispo que Florido estaba loco, y, sabiéndolo, no impedía que en el regimiento de Asturias ejerciera su santo ministerio el pobre demente. Es decir, que a ciencia y conciencia de un obispo, un loco preparaba las conciencias de los soldados para el sacramento de la confesión, y les confesaba y les imponía penitencia y les daba la comunión; un loco explicaba la palabra divina, podía casar a los oficiales y aconsejarlos en sus tribulaciones y dudas, y un loco, en fin, podía, aun cuando su superior el obispo de Sión sabía que la razón del curato estaba perturbada, podía celebrar el santo sacrificio de la misa. ¡Oh, blasfemia de las blasfemias! ¡Oh, colmo de los escarnios! ¡Un hombre insano, un sacerdote loco recibiendo al celebrar cotidiana o semanalmente el cuerpo santo y la sangre divina del Redentor, de nuestro Señor Jesucristo!

No es que a mí me importe nada de esto. Pero, señor obispo de Sión, por los clavos de Cristo, disimule su ilustrísima su feroz volterrianismo. Mire que quien deja a un cura loco que administre los sacramentos y diga misa, es que cree que todo importa tan poco, que lo mismo lo puede hacer un cuerdo que un demente.

No digo que no tenga razón el obispo de Sión, como él opino; pero, por Dios, disimule el prelado, siquiera por el bien parecer...

ROBERTO CASTROVIDO

Caridad frailuna

En Santander se ha establecido una comunidad de Salesianos, dirigida por el Padre Tabarini, italiano capaz de darle un sablazo a un mosquito, y que se va metiendo entre la gente rica a pretexto de proteger a los niños desvaldidos. Tiene ya talleres que hacen terrible competencia a los demás de Santander, y ha pedido 50.000 duros para levantar un palacio-convento.

Las principales personalidades de Santander, presidida por el novelista Pereda, se reunieron nada menos que en el salón de sesiones del ayuntamiento, y le juntaron muchos miles de duros, y hasta creo

que la diputación y el ayuntamiento contribuyeron también.

El concejal republicano, señor Toledo, quiso poner a prueba la caridad de los Salesianos, y propuso que recogieran a algunos de los muchos niños abandonados que pululan por Santander.

El alcalde, conservador nada heterodoxo, contestóle que sería difícil conseguirlo, y para justificar su pesimismo, contó la siguiente historia:

«Llegó una tarde a esta ciudad bajo los asientos de un departamento de tercera clase, en el tren del Norte, y procedente de Asturias o Galicia, un niño de nueve años, un golfito infeliz, que sin saber para qué ni con plan alguno, en su inexperiencia, venía a Santander como bala perdida. Apenas llegó, el desconocimiento del pueblo y la soledad en que su absoluto desamparo le colocaba, hubieran hecho probablemente morir de hambre o perderse de otro modo, si por indicación del mismo personal del ferrocarril no le hubiera alimentado y dado asilo el señor jefe de la guardia municipal, que durante dos o tres días atendió a su subsistencia, llevándole a pernoctar cada noche al asilo de caridad; pero no podía continuar así siempre, y el citado jefe, de orden del señor alcalde, fué a ver en nombre de la primera autoridad del pueblo al P. Tabarini para rogarle recogiese al abandonado niño en su asilo, por lo menos mientras se averiguase su procedencia y familia; a lo cual contestó el superior Salesiano que le dijera al señor alcalde que mandase dinero para continuar la obra empezada por la institución en el Alta, y que cuando ésta se terminase ya habría un hueco para el niño desamparado.»

Dicen que San Bruno daba ciento por uno. Pero ese Tabarini, para ponerse en condiciones de ofrecer uno, pide 50.000.

Los concejales de Santander, que en diversas ocasiones han sufrido resignados los sablazos de los clericales, deben aprender de ese Tabarini a parar los golpes en la esgrima de cuartos.

Me mandan desde Zaragoza un prospecto, en el que figura un grabado de la Virgen del Pilar y se lee esto:

ACADEMIA ESPECIAL DE CORTE PARISIEN PARA SEÑORITAS SISTEMA RODRIGUEZ

Bajo la advocación de Ntra. Sra. del Pilar

¡Esto es ya el acabósé! ¡Hasta el corte de mangas bajo la advocación de la Virgen!

¡Señores carlistas, cubiertos ó encubiertos! Un poquito más de vergüenza y de respeto a lo que decís venerar.

Aun cuando esto sea mucho pedir.

Un sacerdote indigno

CASO DE SATIRIASIS

De un hecho escandaloso, tanto más escandaloso cuanto que se repite con una frecuencia verdaderamente lamentable, hemos de dar cuenta hoy a nuestros lectores.

Se trata de un caso de saliriasis perpetrado por un cura. Si, el autor del delito cuya denuncia hacemos es un sacerdote, todo un sacerdote que hasta hace poco ha estado desempeñando un cargo importante en el Hospital de la Santa Cruz, del que fué echado ignominiosamente al tener la Junta conocimiento de su fechoría.

Y pasemos a relatar el hecho. Hace unos ocho o diez días, a las once de la noche, solicitó ser curado en el Hospital una muchacha que había sido mordida en una pierna por un perro. En la sala de admisiones había el médico de guardia, dos practicantes y el cura don R. Estas cuatro personas examinaron a la muchacha, y por la naturaleza de la herida, el médico de guardia le dijo que allí no se la podía curar, y aconsejó que se dirigiera a la más próxima Casa de Socorro.

El cura R., que al ver las piernas de la muchacha se sentía sobrecogido de ciertas pasiones, con gran estupefacción del médico y practicantes dijo a la joven que no fuera a ninguna Casa de Socorro, que él la llevaría a sus habitaciones particulares del Hospital, donde podría pasar la noche convenientemente atendida, pues para esas obras de caridad eran los curas.

No poco se admiraron los practicantes y el médico de guardia de la filantropía del sacerdote; pero, no pudiendo adivinar cuáles serían sus propósitos, no se atrevieron a oponerse a sus pretensiones.

La joven aceptó el ofrecimiento y se dejó llevar a las habitaciones del padre R., bien ajena de pensar lo que allí la esperaba. Hay que advertir que la muchacha de que se trata es un caso de verdadera degeneración, pues es flaca de entendimiento, hipocondríaca casi, poco menos que irresponsable de sus acciones, lo que viene a hacer más repugnante la figura moral del sacerdote R.

Porque sucedió lo que naturalmente ya se habrán imaginado los lectores. El cura, cuando se vio a solas con la mujer y su concupiscencia, dió rienda suelta a sus endiabladas pasiones, y entre ruegos y amenazas forzó a la casi hipocondríaca. A la mañana siguiente abrió la puerta y soltó la presa.

Pero el cura sátriro no contaba con la huéspeda, y ésta fué la familia de la joven, que quiso averiguar dónde había ella pasado la noche. La muchacha contó de plano; el padre se presentó en queja ante la junta del hospital, la que, en vez de entregar al sacerdote a los tribunales de justicia, se contentó con echarlo de aquella casa.

En seguida la noticia se hizo pública entre los estudiantes, y al llegar la noche, antes de que el reverendo don R. abandonara sus patrios lares, se situaron al pie de las ventanas de sus habitaciones, entonando el popular canto:

Lo señor Ramón
enganya a las cridas;
lo señor Ramón
enganya a tot lo mon.

No hay para qué contar con qué bulla era recibida esta canción por cuantos se encontraban en el patio del hospital.

Y este monstruo no ha de ser entregado a los tribunales de justicia? ¿Cree la junta del hospital que es bastante castigo el haberle echado a la calle? Nosotros decimos que no; aquí hay la comisión de un crimen perfectamente definido en el Código penal, y toda vez que la junta del hospital no entregó el asunto al juzgado, se hizo encubridora de un delito.

Veremos si las autoridades toman cartas en el asunto.

(El Ampurdanés, de Figueras.)

Ruego al querido colega que no insista en que se castigue al cura por esa pequeñez, no sea que vayan a darle un ascenso. Que de menos ¡ay! nos hizo Dios.

Leo que durante la última algarada carlista, el capitán general de Cataluña recibió el siguiente anónimo:

«Si queréis conocer la trama carlista, prended al obispo M., colgado de una almena del castillo de Montjuich y registrad su palacio, y después haced lo mismo con los demás obispos de España.»

¡Hombre, hombre! Esto me parece que es ya exagerar un poquito.

No obstante, me hubiese resignado a verlo.

No en valde se tiene un corazón tan sensible como el mío.

Rifas ilegales

La afición a los juegos de azar va a perderse.

Me enviaron desde Quiroga dos papeletas, una con el número 93 y otra con el 112, en las que se leía:

RIFA

Se hace de un magnífico CERDO DE CERA, cuyos productos se destinarán a la adquisición de una imagen del glorioso San Antonio de Padua, con destino a la iglesia parroquial de San Martín de Quiroga.

Vale un real.

Estuve dudando si las tomaría, ¡hay tantos timadores entre las gentes santas!, pero me decidí al fijarme en el sello que traían: Iglesia parroquial de San Martín de Quiroga, con un muñeco borroso en medio.

Como no decía la fecha en que el compañero de San Antón se rifaba, he procurado enterarme, y sabido que el respetable minador de vista baja correspondió a un ciudadano, que tardó 20 días en saberlo; que el cura le cobró por manutención de su huésped veinte pesetas, y seis reales de propina para una misa, cuya aplicación permanece en el misterio; que el número de papeletas fué el de 700, y que el efecto fué vendido después en 260 reales.

De todo este batiburrillo de cura, cerdo, rifa, propina, misa, papeletas y venta, sólo se saca en claro una cosa: que la gente de la iglesia hace lo que le da la gana, se apodera del dinero de los españoles por unos medios o por otros, y nadie se atreve a sujetarlas a las leyes que rigen a los demás mortales.

Y luego nos extrañamos de que los carlistas se echen al campo!

Entre las estaciones de Durango y Euba, donde todavía existen en toda su pureza las patriarcales costumbres de los buenos vascos, fué apedreado hace unos días el tren correo, resultando varios cristales rotos y el cocinero del coche-buffet herido.

Y eso que no han hecho los clericales, (vulgo carlistas) más que asomar un poco la cabeza. Si llegan a sacarla del todo, no circula ya un tren por el Norte.

Lo que interesa, es averiguar el nombre del convento a donde irían después esos zulus a recibir felicitaciones por su hazaña. Porque de seguro que fueron.

Detrás de todo acto salvaje, hay un fraile siempre. Es probado.

Hermanas y concejales

En la Coruña había una hermana de la Caridad de las pertenecientes al Hospicio ó Asilo que allí sostiene el Ayuntamiento, sor Petra Vorrastegui, la cual era un prodigio de talento, humanidad, distinción y hermosura.

Habiendo tomado en serio y no como una vil farsa utilitaria el ejercicio de la caridad, favorecía siempre a las niñas asiladas sin prestarse a hacer en beneficio de la comunidad las trampas que acostumbran esos ángeles de blanca toca.

Semejante conducta tenía exasperadas a las hermanas, que no habían podido reducir la y estaban hartas de oírle decir: «¡A que hemos venido aquí! ¡A salvar el alma por la caridad ó a ahorrarnos dinero!»

Como estos puritanismos son el mayor pecado en toda orden religiosa, las hermanas determinaron trasladar a Madrid a su quirotesca compañera, pero ella se opuso. Quisieron reducirla por fuerza, y entonces se arregló para procurarse un notario que diese fe de cómo contra su voluntad querían hacerle cambiar de residencia.

Las hermanucas al ver esto no se atrevieron a dar un escándalo, contentándose con esperar una ocasión de vengarse del modo cruel que acostumbran. Pero la buena religiosa lo comprendió, y terminado el plazo de sus votos, lejos de renovarlos se fué tranquilamente a la calle.

Mucho las contrarió el no poder vengarse católicamente, pero aún sintieron más el castigo que la Provincia les puso en perspectiva por mano de los concejales.

El Ayuntamiento, indignado con las hermanas y no queriendo por otra parte privarse de los valiosos servicios de la exclaustrada, acordó nombrarla inspectora del Hospicio ó Asilo con un regular sueldo, libertad omnimoda y facultades amplias para vigilar a las hermanas, impedirles que hagan de las suyas y obligarlas a cumplir con su deber.

Con este motivo hay ahora en la Coruña una tremolina que canta el credo, entre los neos y el municipio y el obispo y el *Sursursum corda*. Las hermanas amenazan con irse, pero no se van; el ayuntamiento se mantiene firme, el obispo gruñe, los neos braman, su periódico rebuzna, las beatas cacarean y parece aquello un corral en desorden...

Manténgase el ayuntamiento en su digna y enérgica actitud, y le aplaudirán todas las personas honradas.

El hijo del ateo

(CUENTO)

Sentados los unos, en pie los otros y a horcajadas sobre su respectivo asiento los más, hasta una treintena de chiquillos de todas clases y edades; en la escalera del estrado, de rodillas y con los brazos en cruz, un jovencito como de diez años, rubio, guapo, no mal trajeado, pero más limpio que bien vestido, y en el estrado, a pie firme, tras de la mesa y ante el viejo sillón de gutapercha, dominándolo todo con ojos grises, el anciano maestro de la localidad.

Ello fué que el pobre hombre, jefe de una familia más numerosa que la de cualquier patriarcado bíblico, viéndose un tanto apurado para subvenir a las necesidades de su prole, ideó y llevó a cabo el proyecto de librarla por unos días de los amargos rigores del ayuno forzoso.

Con motivo de ser el día de su santo, aparentando hacer un sacrificio heroico, la antevíspera había anunciado a sus discípulos el sorteo de tres regalos con que los obsequiaba; y al día siguiente, en justa y natural correspondencia, las madres de los chavallitos enviaron su óbolo al viejo maestro, que al final se vió libre de preocupaciones por un par de semanas.

II

El padre era sobrestante de carretas en el lugar. Si no rico en el sentido que hoy se da a la palabra, tenía con su empleo lo suficiente para no enviar a nadie, motivo por el cual obraba a su antojo sin preocuparse por lo que a menudo llegaba a sus oídos.

El hijo, como su padre, era serio, a pesar de su infantil edad; pensaba, cuando jugar debía ser su ocupación; como su padre no iba al templo, él no se acercaba a la iglesia.

Del padre hablaban mal los hombres; al hijo le trataban mal los chicos. Por esta razón el primero rechazaba su trato, y el segundo no tomaba parte en sus juegos.

Daban limosnas, a nadie ofendían; sus ocupaciones eran estudiar ó pasear.

Al padre le llamaban el protestante; al niño se le conocía con el sobrenombre que enraza estas líneas.

En el pueblo, de tres mil vecinos, había seis iglesias, cuatro conventos y doce curas.

III

El hijo del ateo, aquel niño rubio de los brazos en cruz, como casi siempre, estaba castigado. No era en la escuela donde menos sufría. El maestro, imbécil sugestionado por la clergía del pueblo, odiaba sin saber por qué al jovencito, y en él se ensañaba castigándole en todas formas, humillándole de todos modos. Habíale señalado un asiento al que ningún otro niño se acercaba; su gorrita no se colgó nunca donde las otras, y cuando la daba, que por lo regular era siempre olvidado, tomábase la lección el menos escrupuloso compañero.

El niño sufría y callaba; su padre nunca se enteró de aquel martirio.

IV

Uno de los regalos del maestro, el que faltaba sortear, consistía en un verdadero duro de plata. Los anteriores, dulces y chucherías, habían sido adjudicados casi en silencio; aquél era el que despertaba todos los deseos, el que aguijaba todas las ambiciones.

No habíamos de lo que un duro es para un niño. La cosa sería cursi. Pero meditando nuestros lectores, y calculen la ansiedad con que aquellos retoños esperarían la adjudicación del allonso, que todos ya tendrían destinado.

V

Cuando el maestro, cogiéndole de manos del diminuto infante que lo sacara de su gorro, leyó el nombre que figuraba en la bola, un murmullo de indignación, de odio, de protesta, partió instantáneamente de todas las gargantas.

—¡A él! ¡Al hijo del ateo! ¡Suyo el duro!

El maestro, sin cuidarse de aplacar aquel rumor, más bien tomando parte en él con su voz seca y dura, repitió:

—¡Claudio Recio!

—¡Servidor!—contestó con débil voz y sin moverse el arrodillado.

—¿Qué haces ahí? ¡Sube!

El niño se levantó, sus pies contaron los escalones y se acercó a la mesa.

—¡Toma!—gruñó el maestro.

Y el duro, el hermoso duro de plata, rabiamente lanzado, fué a caer en el suelo después de haber chocado en la mesa.

El concurso tembló de emoción. El agraciado, levantando la moneda que sostenía entre los dedos, preguntó:

—¿Es para mí?

—¡Habrá imbécil!

—¿Puede hacer con él lo que quiera?

—¡Y volver donde estaba!

—Señor maestro; si usted quiere, se lo daré a Roquecillo, porque yo cómo todos los días y él lloraba esta mañana porque tenía hambre.

EUSEBIO HERAS

DESFALCO DE CUATRO MILLONES

La Bandera Regional, de Plasencia publica un enérgico artículo que dirige «A las Cortes», relacionado con el incalificable expolio de cuatro millones al benéfico instituto que, bajo la advocación de San Calixto, instituyera en aquella población el marqués de la Constanza.

He aquí un párrafo del artículo del valiente colega:

«La pasiva actitud de los representantes de este distrito; el hecho de que los actores principales del conflicto gocen de libertad provisional merced a una irrisoria fianza de 500 pesetas; la gerencia interina del Pa-

tronado de la pia institución por la Junta provincial de beneficencia, gerencia que lleva trazas de convertirse en definitiva, y que viene implicando una verdadera detentación del legítimo derecho que sólo a esta ciudad, en las personas de sus autoridades, corresponde ejercer; la crisis inminente de los trabajos del edificio en construcción para colegio, crisis tanto más temible cuanto que, al enojo popular, vendría a juntarse el paro de centenares de brazos, sostén de muchas familias, y, por último, el insistente rumor de que poderosas influencias se atraviesan en el camino de la justicia, nos obligamos a seguir la corriente popular, participando de su desconsolador pesimismo, viendo, como vemos, remotofel desenlace de esta vergonzosa odisea, aun cuando no por ello perdamos la esperanza de que la razón triunfe y la verdad se imponga.»

Confiar es, querido colega. Pero triunfe ó no la causa de la justicia, lo que siempre quedará en la memoria de los buenos, es la noble y enérgica campaña que has hecho.

Con pocos periódicos de tu arranque y de tus bríos, España se salvaría aún.

Un joven, vendedor ambulante de estampas y libros de devoción, que andaba por Caparrosa (Pamplona) armado de una escopeta—sin duda para liarse a tiro limpio con los que no le compraran la mercancía—trató de violar a una mujer de cincuenta años, y, viendo que no lo podía conseguir, le descerrajó un tiro y trató de estrangularla.

Protesto, en nombre de los frailes, de ese acto brutal. Nadie que no use cerquillo debe propasarse a tanto.

¿O es que ya no hay clases, y hasta los gatos quieren zapatos?

Al maestro cuchillada

Leo en La Tribuna de Roma, periódico el más importante de Italia, que tira 300.000 ejemplares, y cuya propiedad fué vendida hace poco en 2.500.000 liras.

«Turín 21. Ayer tarde a última hora, el padre Grosso, superior de esta comunidad, denunció a la policía un robo importante, efectuado del modo siguiente:

Hace unos veinte días, dos desconocidos se presentaron a la comunidad de jesuitas de Cuneo, (capital de la provincia de Italia de este nombre en la frontera occidental), diciendo que llegaban del Transvaal, y querían confiar a los jesuitas un sobrinito, huérfano de un hermano ayo, muerto en la guerra.

Aquellos sacerdotes los dirigieron a Turín, adonde fueron, presentándose al padre Grosso en la iglesia de los S. S. Mártires, repitiendo la misma historia y añadiendo que además del niño, que en aquel momento se hallaba en Milan, entregarían la herencia importante que le pertenecía, dejándola en administración a los jesuitas. El padre Grosso se tragó el anzuelo.

Poco después llegaron con una maleta, extrajeron una cajita y un sobre, envolviendo al jesuita de tal manera, que le indujeron a añadir en la cajita otros tantos valores, afirmados en 246.000 liras.

En el momento de separarse uno de ellos dijo que haciéndole falta la maleta, dejaba solo la cajita; y en efecto, la extrajeron dejándosela al jesuita.

La cajita, como es de suponer, no era la que contenía el dinero. El jesuita esperó inútilmente al sobrino y a las tres durante quince días. Al cabo de ellos y sospechando algo, abrió la cajita, y vió que no contenía más que periódicos.»

¿Cuánto me alegro! ¡Y dicen que lobo a lobo no se muerde!

El Guisasa obispo está apelando a toda clase de medios para reunir el seminario de Baeza con el de Jaén, agregando a la mitra los bienes que para fundar y sostener aquél dejó en el siglo XVII el obispo don Fernando Andrade y Castro.

¿Puede ganar algo en ese enjuague? Pues esta en su terreno, aun cuando no esté en su derecho.

Para qué hacen obispo a un presbítero, sino para que obre en todo con arreglo a su santa voluntad, sin respeto a nada, ni a la ley siquiera?

Cayó un rayo en un convento de Hernani, causando muchos destrozos y asustando a las pobrecitas monjas.

Y en cambio la redacción de EL MOTIN...

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores a EL MOTIN a 10 céntimos, cargándoseles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

MADRID—IMPRENTA, ENCARNACIÓN. 4.